



Consejo Editorial:

Pantaleón Narváez Arrieta
Alfonso Múnera Cavadía
Pedro Badrán Patauí
Jorge García Usta

Ilustraciones:

Dalmiro Lora Cabarcas

Colaboradores:

Manuel Burgos Navarro
Pedro Blas Julio Romero
Rómulo Bustos Aguirre
Julio Múnera Cavadía
Pedro Vargas
Segrid Herrera
Isabel Bolaños
Segrid Herrera
Efraim Medina Reyes

Diseño y montaje:

Octavio Morales Franco

Licencia en trámite.
Apdo. Aéreo 5146.
Cartagena- Colombia

EDITORIAL

Recuento y balance

Solíamos reunirnos en la vieja casona colonial donde tuvo sus oficinas el periódico conservador *El figaro*, convertido en ruinas el día que le prendieron fuego los liberales de 1948. De una reunión de esas nació *En tono menor* sin que estuvieran presentes los afamados escritores de los suplementos literarios capitalinos ni hubiera, como manda la tradición, una parranda sin términos.

La idea recibió de los intelectuales cartageneros una cierta sonrisa de paternal escepticismo, sobre todo, porque Jorge, Pantaleón, Manuel y Pedro, que constituían desde ya, el alma misma de la futura revista, no habían cumplido aún los veinte años.

Hacer una revista en una ciudad de provincia tiene algo de quijotada que no se aviene del todo con aquellos que se sienten, por una especie de generosidad sin límites hacia ellos mismos, en la condición de creadores de macondos. Tiene de sí tantas cosas desagradables y ajenas al oficio de escribir, que es probable que solo espíritus muy nuevos –la edad no importa– cargados de entereza y de la certidumbre de que la literatura ayuda a hacer más buenos a los hombres, puedan aprender semejante tarea y mantenerla en pie. No es fácil seguirle el trote a la literatura mundial en una ciudad cuyas bibliotecas no tienen un solo ejemplar de *El otoño del patriarca*, convertirse en un excelente vendedor de publicidad y de rifas, en voceador de prensa sin prejuicios y, además, adquirir una disciplina sin estruendo en el trabajo de escribir bien.

Durante dos años seguidos parimos –ese es el termino exacto– seis ejemplares de *En tono menor*. Fuimos mejorando la calidad hasta lograr una linda y sencilla impresión en off-set y mantuvimos una misma línea de conducta: escribir cada vez mejor sobre las cosas comunes y corrientes.

El último número se centra en un solo tema: el deporte. Y una sola idea: más que la crónica frívola y sin matices de la prensa deportiva, nos interesaba lo que tiene de profundamente humano. De vida. De trágica vida vivida a los puñetazos por esos héroes del pueblo que, después de una carrera de deslumbrantes triunfos, suelen morir a la suerte de Dios, ignorados y –muchos de ellos– envilecidos por una historia individual que no ha dejado de ser toda ella una gran tragedia, aun en los instantes de mayor gloria.

Pudiera creerse que somos unos empedernidos artesanos enclavados en procedimientos nada modernos. Pero no se trata de eso. Es que no hay otra forma

de hacer una revista literaria y conservar al mismo tiempo la única verdad por la cual la hacemos: las ansias de hablar de lo que nos venga en gana sin el temor a pensar que hay alguien que nos está pidiendo el silencio.

En este lugar, la conciencia de los escritores se volvió asunto de mercaderías. En medio de la corrupción absoluta y del clima de terror abierto que enfrentamos es costumbre exigir y comprar de muchas formas el silencio. La labor de los escritores y artistas empieza a tener de marco una especie de carnaval grotesco e infame donde el cinismo y la servidumbre se cotizan a buen precio. Aquí y allá. A todo lo largo y ancho del país el espectáculo es cada vez más deprimente y la consigna del día es “sálvese quien pueda”.

En tono menor no sale hace más de un año. Sin embargo, no hubo un solo momento de estos días largos en que pensáramos que se había acabado. Le debemos, en buena parte, lo que hemos aprendido de la literatura y de la vida en este tiempo, incluido este último año en que no ha dejado de existir para nosotros, a pesar de que no hemos tenido un solo peso ni la tranquilidad suficiente para sacarla. Y sea dicho: no nos importa la periodicidad; saldrá siempre que tengamos algo nuevo que mostrar. Nunca será más de lo que nosotros somos, pero tampoco menos.

Aspiramos a restablecer la continuidad de *En tono menor* seguros de que si hace tres años le concedimos el encargo de formarnos como hombres útiles, hoy sabemos algo más del oficio de escribir y de lo que somos. *En tono menor* irá por allí hablando de ese asunto que es la vida en tiempos oscuros con esos hombres y mujeres que por el solo hecho de serlo son insignes.

EL INGENIO DE SINCERÍN

Andrés Cava¹

Los duros recuerdos de los viejos

–¿O es que ya no te acuerdas de los teléfonos del Central Colombia, Rafa?

– En el país apenas se les nombraba. Y en el Central Colombia por donde uno pusiera el ojo había uno –dice Rafael Castellar, que se ha sentado con un viejísimo libro de historia de lomo escolástico entre sus piernas. Hace eso siempre a las dos de tarde: su viejo libro de historia que, comenta él, explica cómo “Pedro Justo Berrío le puso las telas de a cuarta a Olaya Herrera”, y un pocillo de café caliente, mientras el calor, que palpita como una lámpara y se podría repartir en trozos, espesa el ámbito.



Findo Zuñiga sobrelleva la vejez con dominó, todos los domingos.

– Y la gallera de la Atlántico –insiste, juguetón, Aníbal.

– Para pelear gallos con el mundo entero.

– Era grande, por Dios, el ingenio. Era enorme.

¹ En este caso el seudónimo “Andrés Cava” fue utilizado por Jorge García Usta.

Rafael se mece mirando el resplandor de la ventana. Dice una cifra absoluta, incontrastable.

– Dieciséis mil hectáreas en caña. Ojo de tierra igual a ese no he visto en mi vida.

Aníbal se empieza a mecer también. Alza su mano enferma, que tiembla ligeramente, para rascarse la cabeza. También él ha empezado a sentir la zozobra de la evocación.

– Todo ahí era preciso. Entre cada cañaveral había dos metros. Y entre cada mata una distancia de un metro con veinte –dice Rafael. ¿Te acuerdas, Anibita?

– Ay, Rafa.

– Y entre un cañaveral y otro no había menos de ocho metros –prosigue, implacable, Rafael.

– ¿Te acuerdas, Anibita?

– Ay, Rafa.

– Eran ocho metros entre cada cañaveral. ¿Verdad, Anibita?

– Ay, Rafa. Cómo no voy acordarme. Aníbal suelta su carcajada apagada, recóndita. –Me acuerdo de todo como si fuera ayer, y han pasado como treinta años. Esos Vélez. Gente cuidadosa con sus platas.

Se miran ambos viejos. Con un guiño de solidaridad antigua. El calor reverbera y cuartea la consistencia del polvo. Por la sien aindiada de Aníbal Herrera baja un hilo de sudor. Pide un vaso de agua.

– Agua, agua para este sol. Qué verano macho, mamita mía.

Rafael abre el libro por cuarta ocasión sin leerlo. Estira las piernas. –Esos ocho metros eran huyéndole a la candela. Los Vélez lo preparaban todo.

“Ese era el central Colombia cuando empezó”

A fines del siglo pasado, Fernando y Carlos Vélez llegaron al país, que era, por entonces, una extensa comarca feudal devastada por una sucesión de guerras

civiles y con una muy débil relación con la circulación del mundo. Bolívar, por ejemplo, era una tierra fértil pero montañosa y cerrada, con mucho ganado, y río y mar abandonados, desde donde Núñez adobada los decretos de persecución con leguleyadas en latín. Y la aristocracia provinciana, repleta de haciendas y ayos, aún exhalaba un tufillo esclavista, a pesar de sus lecturas europeas.

En un continente que empezaba a sentir el envolvente aliento colonialista de los Estados Unidos y a ser mirado como suficiente patio agrícola, los cubanos habían acuñado un lema que parecía pero no era hiperbólico: “Una mata de caña da para hacerle el surco de oro”. Según José Morales, el sastre Morales, los Vélez provenían de Cuba, eran hábiles negociantes de cuero y ganado, y se hicieron a una prosperidad intempestiva. Ya en la primera década de este siglo se los vio en Sincerín, a pocos kilómetros de Cartagena, con el propósito decidido de montar un ingenio azucarero sobre la fértil orilla izquierda del Canal del Dique, en una extensión que no alcanza a calcularse hoy con exactitud. La forma en que obtuvieron estos terrenos es un misterio fácil: “Yo tenía 22 años cuando entré al ingenio –me dice el sastre Morales–. Estaba nuevecito. La historia la conozco todita desde que esto empezó por allá en 1903. Mire. Cuando la Guerra de los Mil Días acabó los Vélez llegaron de Cuba. Gente con suerte y con fortuna. Después vinieron hasta acá Fernando y Carlitos Vélez y examinaron las tierras bajas de Sincerín. Bolívar estaba tapadito de montaña. Ellos escogieron las mejores tierras. Carlos Vélez hacía lo siguiente: encontraba un rozero y le compraba la tierra y el alambre iba atrás, otro rozero y el alambre iba atrás. El terrenaje encerrado fue grandiosísimo.

“Después ellos se entrevistaron con el general Reyes que tenía mucho mando en esa época. En la compañía entraron el general Reyes, los Vélez, monseñor Brioschi, unos Piñeres y otra gente grande. Luego trajeron un ingeniero gringo y había un pagador y el resto era el personal obrero. Hombres arriando caña en hombros desde los campos y dos carretas. Mire. Ese era el Central Colombia cuando empezó”.

Picos y palas caseras y cajones de tabla

Después del acaparamiento del terreno los Vélez contrataron más de cien trabajadores, entre adolescentes y viejos atónitos, con un sueldo de lástima para un oficio bárbaro: desbravar los cabos de monte –miles y miles de hectáreas– sembrarlas, tirar las líneas del ferrocarril de más de cinco kilómetros y abrir, paralela al canal del dique, una zanja colosal que se convertiría en otro brazo del río y en la vía de costumbre para transportar el azúcar.

El lugar escogido para el ingenio, cuyas lejuras infinitas “lo hacían toparse con el cielo”, según los viejos, era selva pura, preñada de tigres y serpientes instantáneas. Sin embargo, todo ese trabajo de demolición y limpieza que reclamaba al otro lado del mundo el uso de maquinaria especial y de normas mínimas de seguridad fue realizado durante varios largos años con picos y palas caseras, y la tierra removida fue extraída con cajones de tabla.

Las epidemias, los animales de monte y el trabajo de esclavos devastaron la población trabajadora, en un detalle que olvidaron con notoria facilidad las huidizas crónicas posteriores. Y los constructores genuinos de este frustrado intento de progreso regresaron, como siempre, al olvido de una vejez irremisiblemente anónima.



Rafael Herrera. Conocedor de toda la historia y toda la frustración.

“Qué cojones, chico”

Por la vía de la zanja –el nuevo brazo del río– entró en la primera década del siglo la planta industrial. “Directico de Inglaterra”. Apunte eso, recaba Findo Zúñiga, a los ochenta años de edad. Al igual que la hechura del canal, el transporte de la planta se realizó mediante procedimientos anacrónicos en un tiempo desmedido: pieza por pieza, en meses interminables para los desventurados transportadores. Al final del principio, para el acto de singular hechicería del montaje de la maquinaria, hubo otra importación: Luis Bacayao, un cubano especialista en maquinaria Smith.

En muchos años de desasosiegos posteriores, Bacayao nunca perdería el sentido del humor ruidoso de las islas, pero cuando, acabado de llegar, le narraron los detalles primeros de la construcción del ingenio y entre las muestras una boa estrepitosa de las cercanías, quedó estupefacto. Balbucoó:

–Todo eso ustedes, qué cojones, chico.



Ninguno de ellos conoce la historia del esplendor pasado del pueblo.

La buena crueldad de Aníbal Herrera

– Todas estas tierras eran de ellos.

Dice Rafael Castellar y designa con la mano al garete una distancia total, leguas sin medida.

– Tierra grande. Toda de ellos. Vea esta cosa: a los cerdos de los Vélez había que salir a matarlos en caballo, a plomo. Eran cerdos salvajes, echados en el monte. Lo que yo le cuente es poco, ¿verdad, Anibita?

Sentado rectamente con la corrección ancestral de los viejos de campo, Aníbal Herrera (a quien Rafael Castellar había mandado a buscar con una solicitud perentoria “para hablar de los tiempos de Sincerín”) se ha limitado a asentir autorizadamente desde cuando llegó. Con la cabeza o con su risa. Toda su familia tuvo que ver con el ingenio y su padre sirvió como ingeniero de construcción durante muchos años. Él fue colono y jefe del campo durante la mitad de su vida. Ahora tiene más de ochenta años, y se ha hecho pequeño pero compacto, con la voz saltona y estrujada. Está vestido de blanco, con abarcas caseras, los pies movedizos.

– Sí, Rafa. Siempre tenía ganado esa gente.

Rafael lo mira en sus ojos. Como consultándolo. –Le voy a decir otra cosa. Cuando murió el viejo Dionisio Vélez hicieron un inventario. ¿Te acuerdas, Anibita? Tenía más de veinte mil cabezas de ganado.

Aníbal suelta la carcajada, cruel, irremediable. –Ganado cerril. Perdido en los montes, como los puercos.

Sigue bebiendo su agua mansa. Rafael se abre la camisa hasta el estómago. El sol alto entra por la ventana hacia su rostro. Una cicatriz pequeña, entre la nariz y la boca, relumbra, exacta.

– Los calores de abril –explica. Se para y se va a cerrar la ventana. En el camino dice:

– Desde que murió el Central yo no he hecho otra cosa que hablar de él.

Candela buena en Sincerín

En 1909 todo estaba listo. La vista montañosa y virgen de la región, que hacía de Bolívar “el departamento más oscuro del país”, comenzó a perder su cerrada cintura de árboles; una hojarasca espesa que, limpia en miles de hectáreas a la redonda, dejó ver un cielo genesíaco, recién lavado. En un mes crucial del mismo año, de repente, un humo enredado subió en mitad del fragor de tres chimeneas de fino ladrillo refractario de cien metros de altura, y manchó, por vez primera, el cielo.

– ¡Candela! –gritó Rosendo Martínez en su rancho de palmas al otro lado de Turbaco.

– ¡Candela en Sincerín!

Su hijo mayor, Tomás, sin apartar la vista del cielo, siguió bebiendo el café grueso de la tarde.

– Qué va, papá. Esa es candela de la otra. Candela buena.



La memoria del sastre y el inicio de una frustración

Miles de trabajadores venidos de Arjona, María la Baja, Magdalena, Mahates, Hato Grande, Repelón, Sabanalarga y el interior del país, pagados miserablemente, se aprestaron a la primera zafra, cuyo balance final rebasó los tímidos cálculos iniciales y alentó el interés de los empresarios. Se molieron –según la tajante evocación del sastre Morales– más de quinientos sacos de azúcar fina y un número superior a los sesenta de azúcar parda y cuarenta tambores de meladura sin pureza y sustancias de desecho. El resultado hubiese podido ser mejor, pero con la imprevisión del comienzo, apareció, sin posibilidades de control, una nube de langostas que podía comerse un metro cuadrado de caña en solo una hora.

“Los Vélez se alegraron –dice Morales– y en 1915 tiraron lo que ellos llamaron la gran zafra. Sacaron mil quinientos sacos de azúcar fina y novecientos de azúcar parda. El Central había cuajado y echaba a crecer”.

Pocos años más tarde el general Reyes mandó el ferrocarril, algunas máquinas de moler y varios cientos de caña. Se pusieron las líneas para el transporte y se dividió el campo de cultivo en colonias y los colonos se seleccionaron dentro de la gente de confianza y experiencia. “Mi papá fue colono –recuerda el sastre–. Héctor Santoya y Anibita Herrera también fueron colonos. Cada colonia tenía de siete a veinte cañaverales y cada cañaveral doscientos metros cuadrados. El colono administraba y sembraba, buscaba la gente y pagaba, le rendía cuentas al gerente y ganaba su sueldo”. A las treinta colonias las bautizaron con nombres de departamentos, santos dudosos e infaltables conquistadores ibéricos: Bolívar, Bogotá –la colonia de Dionisio Vélez–, Cartagena, Neiva, Santa Rosa, Facatativá, Quesada, Guajira, etc.

Entre los colonos de mayor confianza estaba Miguel García Sánchez, quien medio siglo después llegaría a ser uno de los terratenientes más influyentes de todo el Sinú.

Por entonces, el ingenio soltó el suelo, tomó consistencia productiva y se expandió.

Construyeron los depósitos, las casas de empleados, los alojos y el mercado. Y por todo el país reventó la novedad de que el mayor ingenio de América estaba ahí nada más, sobre el Magdalena; que estaban bajando en fila gringos y cubanos, y que era cierto: una mata de caña daba para hacerle el surco de oro.

Las “sutilezas” de la explotación

Aníbal termina de beber el agua con los sorbos apresurados con los que ha seguido hablando: “Vea, en Cuba, en esa época había más de doscientos ingenios y ninguno como el Central Colombia...El mismo Rafael Izquierdo, ese ingeniero cubano que sabía de eso, lo decía”.

Sí, Izquierdo lo decía. Los demás ingenios del país eran ingenitos en comparación con el Central Colombia. Yo conocí el de Berastégui, el mismo Manuelita, ingenitos todos. Vea, pieza que usted no consiguiera en el Central Colombia –advierte y le da un jalón sobrenatural al tiempo– no lo busque en todo el país, que no lo hay.

Eso era mucho adelanto, hombre. Un progreso como no se ha vuelto a ver por acá. Con el Colombia, esto vivió. Se abrieron un montón de carreteras y los pueblos de cerca, la gente de Arjona, de San Cayetano, de Turbaco, de Magdalena, traía sus cosas. Ponían sus tiendecitas cerca de los alojos y vendían tabaco y pan y cazabe. Nosotros nos fregamos de empleados medios. Usted sabe, los técnicos no eran de aquí. Ni lo fueron nunca. A nosotros no nos preparó nadie. A Nacho Herrera, el mejor tornero que había por aquí, nunca le pusieron atención. Lo mismo a Pachin Recuero. Los dejaron silvestres. Pero no dejaron de traer gente de afuera: gringos, cubanos, alemanes. Nosotros siempre fuimos los empleados medios, sin saber cosas mayores. . .

Aníbal Herrera pone el vaso de agua en la mesa. Se limpia los labios con un dorso orgulloso, y vuelve a soltar la carcajada, su forma tácita de defenderse contra ciertos recuerdos. Sigue llevando los años del ingenio por dentro, el mismo espíritu recursivo que le permitía vislumbrar de un vistazo el unánime tembladeral de las cañas y predecir el monto de la producción en un solo cálculo de osadía y experiencia.

– Sí –es lo único que dice. –Los que vivíamos en el batey.



El sastre Morales, el clavo ardiente del recuerdo.

EL CAMPESINO DE EL PASO QUE ETERNIZÓ SUS CANTOS

Pantaleón Narváez Arrieta

A Lucía, a Marlene

Las luces del teatro *Atenas* de Mompós se apagaron, salvo las que alumbraban la tarima, y visto así parecía un cuadrilátero de boxeo. Luego, sonó la música. La música que invadió el espacio del teatro convirtiendo en silencio de admirados el bullicio de los espectadores. La música bronca y gustosa que tanto emociona a los campesinos y que narra los sucesos de la región, compartidos por todos. La música de Alejandro Durán, un desconocido músico negro que había venido desde El Paso, traído por los propietarios de la hacienda *Tres Cabezas* para que animara sus parrandas durante la temporada de festejos de agosto de 1943. Tocaba y tocaba toda la noche y buena parte del día, y ganaba apenas el salario de una jornada en el campo.

No hubo consultas esta vez. Antes, cuando los propietarios de las Hacienda le habían propuesto que se presentara en público, Alejo se había negado rotundamente. La negativa los molestaba. En cambio ahora, cuando aparecieron las primeras luces del día anunciando que se acercaba el fin de la parranda del 6 de agosto, y en medio de una borrachera de disparates, en las que se permitían todos los caprichos, lo decidieron por su cuenta.

“Cuando me avisaron lo de la presentación yo no les hice caso. Estaban borrachos y yo no era partidario de esa idea. Yo no era músico. Era apenas un aficionado”, dice Alejo mientras contrae sus cejas y en sus ojos asoman los viejos recuerdos.

“Las cocas”: un recuerdo que definió su vida

Antes de hacerse músico, Alejo había ejercido diversos oficios. El primero que ejerció, aun adolescente, fue el de vaquero. Después se hizo jornalero, y, más tarde, aserrador. Sería su oficio definitivo, pensó. Pero no fue así. La prosperidad inicial del taller se desvaneció. En cambio los reclamos y descontentos de los clientes se hicieron frecuentes. Los trabajos no estaban para la fecha prometida. El descrédito era evidente. “La culpa no era de uno”, me dijo Alejo. “Uno cortaba un buen tronco creyendo que tenía buena madera. Pero la trabajaba y se daba con la puerta en la nariz. La madera se volvía astillas. Pero los clientes no entendían eso. Pensaban que era pereza del aserrador. ¡Ya

vio! Los aserradores son tramposos y yo no quería serlo. Por eso fue que decidí seguir mi vocación natural de músico. Además, el aserrío me había traído muchas mortificaciones. Tal vez la música no me las trajera, y si contaba con suerte mejoraría mi vida”.

En efecto, en un día desalentador sacó del baúl su viejo acordeón, lo desempolvó, lo tomó entre sus manos y comenzó a cantar una vieja canción suya: “Las cocas”, la primera que compuso cuando aún era vaquero de la hacienda *Tres Cabezas*, y a la que nadie le prestó mayor atención por ser cosa de muchacho, y de la que Alejo ahora apenas recuerda el motivo: era un reconocimiento a las *cocas*, las mujeres que cocinaban para las cuadrillas de vaqueros.



El reposo del guerrero.

El anuncio de un nuevo oficio

Todas las noches, después de pasar el día marquillando terneros o remendando portillos en la hacienda *Tres Cabezas*, los hombres de El Paso iban al billar. Conversaban un rato, se tomaban un trago y se enteraban de los sucesos del mundo. En los pueblos apartados es así: al billar llegan, como a la sala de redacción de un periódico, todas las noticias. Cuando llegaba un conjunto de músicos todos asistían con entusiasmo mayor. A los muchachos a quienes no les estaba permitido entrar, les aumentaba la tentación por introducirse al billar.

Algunos lo intentaban sin mucho éxito. Alejo, en cambio, prefería irse a su casa y tomar el acordeón de su tío Octavio Mendoza para empeñarse en descubrir sus secretos.

La vieja Juana Francisca Díaz nunca imaginó que su hijo haría su primera presentación como músico en aquel pueblo blanco de campanas tenaces, ni tampoco que llegaría a manejar tan bien las combinaciones del acordeón, ni que sería el primer rey de la leyenda vallenata, ni que seguiría siendo el rey de mayor prestigio. En realidad, no tenía motivos para imaginárselo. Su hijo parecía no darle otra importancia al ejercicio musical que el de un agradable pasatiempo de adolescente para olvidar la fatiga de la jornada de campo. Solo sus amigos próximos se enteraron. Ocasionalmente participaba en sus parrandas, y, casi siempre, como cajero. A él no le gustaba que lo supieran. Por eso, la noticia de que su hijo se convertiría en músico fue sorprendente, como el anuncio cierto de la vida descarriada y de sueños tronchados que iniciaría. Y solo atinó a decirle: “Mijo cuídese. Fíjese que la música corrompe”.

Había resuelto marcharse, ir a probar suerte. Por esa época ya tenía fama de virtuoso del acordeón en la región del bajo Magdalena. Sin embargo, pocos lo conocían. Apenas se alistaba para hacer su primera gira. Su mayor aspiración era prender sus canciones de bajo triste entre las gentes que desde Chiriguana hasta Magangué y de Magangué hasta Barranquilla esperaban sus presentaciones. Ya sabía que solo había oportunidad para el éxito rotundo o el desastre. Era la condición exigida por la casa discográfica *Discos Popular* de Barranquilla para permitirle grabar un disco. Apenas se comenzaba a grabar canciones vallenatas pero el público ya tenía sus favoritos: Abel Antonio Villa y Luis Enrique Martínez.

A mediados de 1948 terminó su primera gira. Antes de llegar a Barranquilla sus canciones habían comenzado a difundirse en todos los pueblos de su itinerario, y en todos admiraban su estilo de tocar el acordeón. “Ese hombre hace hablar el acordeón”, decían. Ahora no habría objeciones para que grabara un disco.

Por fin, en una tarde ardiente llegó el momento esperado: el momento de grabar su primer disco. Tenía veintinueve años. Vestía camisa blanca y llevaba un sombrero voltiao de alas anchas. Cuando entró en el estudio de grabación una emoción leve lo paralizó por un instante. Luego, sintió un estremecimiento en las piernas, y la desconfianza que experimentara días atrás, cuando vio la hoja del contrato, volvió a asomarse a sus ojos cuando vio a los técnicos. “Las cosas saldrán bien”, le aseguraron. “Usted es un músico bueno”. Se lo dijeron

para reanimarlo. Conocían muy bien que la adulación es el método más sugestivo y el más usado para restaurar confianzas perdidas. Pero él no podía estar seguro. Tenía motivos para desconfiar. “Las compañías discográficas le pagan muy poquito al músico. Ellas en cambio se quedan con un montón de dinero”, le oyó decir varias veces a varios músicos. Sin embargo, Alejandro Durán seguía creyendo en la alegría de sus gentes, y también en su música de campesinos y los recordó en la hacienda *Tres Cabezas* oyendo su música y queriéndola como el aliciente único que animaba los altos festivos de su labor. Y este recuerdo le infundió ánimos. Minutos después se vio frente el equipo de grabación.

Después de haber grabado su primer sencillo, se conoció la noticia de que Alejandro Durán iniciaría una nueva gira por los pueblos del Magdalena y del Cesar, que fue recibida con manifestaciones de júbilo. Pasaría por Fundación y seguramente volvería a encontrarse con Juan Polo Valencia y le pediría que tocara la canción que todos habían olvidado pero que él no dejaba de recordar, “Alicia adorada”. En ese mismo patio con almendros, Alejo confirmó la opinión que se había formado seis años atrás cuando la oyó por primera vez: “Juan Polo no sabía lo que tenía entre manos. Yo no entiendo por qué se han olvidado de esa canción”. Luis Enrique Martínez, uno de sus mejores amigos, que había compuesto, arreglado y cantado extraordinarias canciones vallenatas durante toda su vida, sostenía lo contrario.

- Durán, no seas terco. Esa canción no es buena. No suena bien.
- Claro, porque el arreglo tiene defectos que no le han corregido.
- Dime, por qué la pides tanto. Qué le has visto tú a esa canción.
- Bueno, yo tampoco lo he descubierto, pero de una cosa estoy convencido: como esa canción no hacen otra en muchos años.
- No seas terco. Lo mejor es que te olvides de ella.

Aunque le mortificaba sentirse partícipe del olvido de una canción que, en su opinión, sería un clásico de la música vallenata, desistió del propósito de pedirle a Juan Polo que le permitiera arreglar “Alicia adorada”, y decirle que en verdad era un lamento que interpretaban con ritmo alegre y que por eso no se podía apreciar lo hermosa que era, pues consideraba que Juan Polo había mostrado poco interés en que se diera a conocer. Tampoco se lo comentó a sus

amigos. Temía que alguien se valiera de su argumento para convencer a Juan Polo. Y no era justo que otro obtuviera ese mérito. “En este asunto conviene ser discreto y paciente si se quiere obtener triunfos”, me dijo.

Sin embargo, cuando a principios de 1968 Jaime Cabrera, gerente de la casa discográfica *Discos Tropical*, le comunicó su interés por conocer canciones de compositores nuevos para que él las grabara, Alejo no lo pensó dos veces: “Yo sé dónde está lo que usted está buscando”, le dijo. “Es Juan Polo el de Fundación”. Fue una respuesta tan emocionada como convincente que Jaime Cabrera no vaciló en aceptar que se grabara. Pocos meses después Alejo la grabó. Y, en efecto, se convirtió en un clásico de la música vallenata.

Los choferes, sus compadres

Aquella noche, la del 15 de septiembre de 1977, el grupo de choferes que se reúne en la plaza de Planeta Rica todas las noches, que dicen ser compadres de todos sus compañeros de oficio, que conocen todas las direcciones y todos los secretos de la población –por más escondidos que parezcan– no hablaban de otra cosa:

– Supiste lo de Alejandro Durán.

– Sí. Lo declararon hijo adoptivo de Planeta Rica y le dieron un trofeo como testimonio.

– Fue lo mejor del Festival.

– Él está bastante contento. Ahora dice que es el hombre de las tres sedes: magdalenense por nacimiento, cesarense por decreto y cordobés de corazón.

La noche anterior había finalizado el *Segundo Festival de la Canción* en Planeta Rica. En realidad, a los choferes les era imposible hablar de otra cosa. Todos ellos –que se han divertido con su música, que lo han llevado a todas las veredas de la región, que lo aprecian y, sobre todo, admiran su más extra-



Manos a la obra. La estirpe se perpetúa.

ña virtud: jamás se ha tomado un trago de ron— no habían olvidado la noche de vientos claros de once años atrás cuando Alejo vino a tocar una fiesta y lo conocieron.

En aquella ocasión, cuando la fiesta terminó, se marchó a un hotel. La gente lo siguió hasta allí para estrecharle la mano y felicitarlo y decirle: “Alejo, usted es el más grande”. Él parecía no entender. Estaba fatigado y con deseos de descansar. Al día siguiente debía partir para Pueblo Nuevo. Pocos días después regresó. Venía a instalarse en Planeta Rica, para siempre.

Aunque conocía todos los pueblos de la Costa y en todos se había sentido muy bien, ninguno le había atraído tanto como Planeta Rica. Además, por esa época Alejandro Durán había comenzado a sentir la necesidad de procurarse un hogar adonde regresar después de sus giras agotadoras.

Tenía cuarenta y cinco años. Quince de ellos los había pasado recorriendo los caminos de la Costa, siempre buscando un sitio donde tocar su acordeón, procurando divertir a la gente que lo oía, creando canciones con los motivos que recogía durante sus correrías, y esperando el final para recoger su instrumento y su pequeña maleta cuarteada y la contribución que le daba el público. De eso vivía.

Cuando Alejo dio a conocer su determinación, algunos la interpretaron como el anuncio de su alejamiento del oficio de músico. Se equivocaron. Nunca antes había deseado tanto contar con su voz de lamentaciones hondas del alma, las costumbres de los campesinos de la Costa. Ni había pensado renunciar a los privilegios de músico aclamado. Desde su llegada comprendió que la temporada anual de festejos de los pueblos de Córdoba parecía planificada para que no tuviera final y que en todos ellos aspiraban a tenerlo como animador principal de sus fiestas. Ni tampoco había pensado dejar de pedirle a Dios que lo viera antes de presentarse en un escenario. Porque Alejo cree en Dios. Pero este sentimiento religioso que está presente en sus canciones no tiene el sentimiento de la pasividad, sino el de una suerte de compañía personal, de consuelo permanente.

El rancho de las vísperas de festejos

Alejo Durán vive en una casa de ladrillos que él ha ido levantando poco a poco en el barrio Recreo de Planeta Rica. Parece que le mortificara recibir visitas. Cuando alguno de sus hijos le comenta que estuvieron buscándolo,

le dice que no se preocupe, que si alguien tiene que decirle algo ya se lo dirá en el parque cuando se encuentren. Pero es una impresión falsa. En realidad, Alejo permanece atareado y resulta sorprendente que a sus sesenta y tres años continúe siendo tan activo como lo fue de adolescente. Por las mañanas sale de su casa y nadie puede precisar a qué horas regresará. Generalmente se marcha para una parcela cerca de Planeta Rica, donde tiene un cultivo de ñames; no solo porque es una forma de ayudar a la economía doméstica, sino porque su espíritu de campesino no ha podido desprenderse de las labores del campo, ni de las zozobras que causan las lluvias cuando tardan.

En otras ocasiones debe atender citas con posibles clientes o convocar a los muchachos del conjunto para ensayo porque se aproxima un compromiso. Es obsesivo con la idea de un ensayo perfecto. Por eso en vísperas de festejos se recluye, como si se tratara de un retiro religioso, en el rancho que tiene en el costado derecho del patio de su casa, destinado para ensayos, y solo se le ve salir cuando han hecho un trabajo satisfactorio. El hecho de que Alejo emplee tanto tiempo arreglando una canción es la prueba de que considera que el prestigio ganado durante años no es suficiente para asegurar los méritos de una canción, sino el trabajo disciplinado, que es, además, la única forma de conservar ese prestigio.

Fue a las 7:10 de la noche del 22 de marzo cuando vi por primera vez a Alejandro Durán. Estaba sentado en la terraza de la casa de Julio Chagui conversando animadamente. Minutos antes se había sentido irritado por causa de un chaparrón que no le permitía salir a cumplir una cita con Antenor Ayazo, empresario de casetas. Pronto se iniciarían los festejos de Semana Santa y aún no habían acordado la fecha de su presentación. Esa noche se definiría. De modo que apenas escampó Alejo partió en su bicicleta por las calles de barro amarillo y pegajoso como melcocha. Pero interrumpió su recorrido para atender la llamada de Julio Chagui. “Compadre, bájese un momento”, le dijo. “Dos invitados de Cartagena quieren conocerlo. Refiérales algo”.

Este llamado no molestó a Alejo. Esto le ocurre a menudo. Todo por culpa de la atracción que ejercen sus anécdotas de ese mundo de escenarios bulliciosos en que ha vivido durante más de treinta años. Él se siente feliz refiriéndolas. Lo mismo que el origen de sus canciones. Es un observador cuidadoso y un hacedor de símbolos. No deja pasar un detalle significativo. De modo que no ha habido una persona que no se haya sentido protagonista de una de sus canciones. La entonación de Alejandro Durán, reafirmada por la larga nota dormida de su acordeón, da una vivacidad incomparable a los versos de sus canciones. Y los ha eternizado.



Un Durán mítico, endomingado y bravo, de la mano de Edgard Francisko.

Hasta hoy Alejandro Durán ha grabado ciento veintitrés discos.

– ¿Qué es más importante para usted, tocar en una caseta o grabar en un estudio?

– Vea, ambas cosas son importantes. Aunque uno tiene que ser más cuidadoso en el estudio de grabación. Si se comete un error queda en el disco para siempre. En cambio, en una caseta ni lo notan –dice Alejo. Además, uno siente la emoción del público y se emociona también.

Entonces llegó Antenor Ayazo, pero Alejo no lo sintió llegar porque esta-

ba recordando el 20 de Julio de hace cinco años cuando escuchó la tempestad de aplausos de los latinos que colmaban el *Madison Square Garden* de Nueva York cuando él terminó su actuación, “porque esa gente tiene el espíritu igual al de nosotros y se emociona con nuestra música”; y recordó la tarde aquella en Méjico cuando deportistas de todos los países lo rodearon para felicitarlo después de haber ganado el premio de mejor folclorista de América, “porque indiscutiblemente la música de mi país es muy bonita”. Estaba feliz y sorprendido. Y no solo era por eso. También le dieron una medalla. Era el primer colombiano que ganaba medalla en una olimpiada; y recordó la tarima *Francisco el hombre* de Valledupar. Y se vio, acordeón al pecho y pie derecho bailoteando al compás de la canción, como aprobándola, envuelto por el clamor creciente de la multitud que se apretaba para oírlo y más tarde lo consagraría Primer Rey de la Leyenda Vallenata en aquel abril de 1968.

Y continuó encerrado en sus recuerdos de otras épocas de gloria cuando era el favorito de todos. Había tenido el privilegio de ser uno de los primeros músicos que grabó vallenatos. Desde entonces Alejandro Durán definió su estilo. Su juglaría vallenata lo hizo inolvidable. Se convirtió en un símbolo de la música variada de la cuenca del Caribe. Aunque se niega a admitirlo, su acordeón había contado la adversidad cotidiana de los personajes de la región. Pocas veces lo manifestó. No era hombre de lamentaciones. Había aprendido a soportar la vida desde los días duros de su infancia en El Paso. Pero hubo ocasiones en que se hizo imposible ocultar tanta pena junta. Entonces surgía el lamento del negro. Oigámoslo:

“Y cuando un negro se queja, no pregunten qué le pasa; está sufriendo una pena y el lamento de su raza”.

POESÍA**Leyla Delgado****Las casas de pelo de Soplaviento**

Casas con techo de palma sara
como pelo alisado de mujer crespa
Casas de barro y pelo
con corte de china al frente.
Casas de piso de tierra apasionada
y de paredes de boñiga
y de techos: una larga cabellera despeinada.
Son las casas de mi pueblo
pintadas de blanco.
La cal es barata
con pequeñas ventanitas que hacen escaso
lo más barato: el viento.
Y cuando llegan las invernales aguas del Dique
las cabelleras se trasladan en cuatro patas
como monstruos prehistóricos hacia lugares altos.
Y cuando llegan los vientos,
se caen en mi pueblo
las casas de pelo de mi infancia

Pedro Blas Julio Romero

Candelaria de los Montes

Que vengo de hondo viento
encurvado entre escuelitas quemadas,
con mucha sed, Candelaria.

Mujer agraria y tierna
y en el tendido por hacer
tómame de fatiga.

Más que una semana de incienso,
acojo tus canastos de envueltos y vendas para tus presos,
guitarreando estos campos con amigos pobres.

Es así el luto una vigilia
apurando madrugadas de ansia, hornos y café tinto.

Igual a tu aposento,
Candelaria de los Montes,
con nosotros, acusando con tu pollera eritrea
por entre nisperales terrestres.

Paloma mía, uniformada de Suán
ahora vas, callada y matinal
por entre maizales
preñada en la luz de las mazorcas

Hasta el alba
siempre, al alba, Candelaria.

De portones caminados

Este hombre que me arrimo a la cerveza de mis tardes
es mi barrial con torres de cacahuete
Le han llamado Getsemaní
y se sumerge con otros como él
apareciéndome eternos como pudines tirados a la tranquilidad
Cantores de una bruma mural
hasta los campos santos de San Diego
Pero mi barrio tenía pescadores ahumándole lunas viejas
y un arsenal abandonado
hasta donde escapaba de mi diploma
para aprender a bailar

Mimaba su carbonera
donde gateaban niños de petróleo
cerca a ese Chambacú que castraron de sol
y que era un hermano de enseguida

Pero tienes cara de solar
y cargas a la libertad la ropa limpia de los jueves
y empujas pasajes de bulla
con entradas anchotadas

Getsemaní
creciéndote de portones caminados, entre el maíz tostado
ofrecido en alto
por altivas prietas de bengala

Getsemaní
alejándome tus mañanas como una lenta crema de naranja
o aquella pausa con tus aljibes de piedad

Me parece que tenías
un invernal olor de alquitranes
remontándome hasta tu condumio de atrapados
y espesas algarabías de piedras montadas
de bastantes cuartos donde vivían muchas gentes
hirviendo de mundo a tu hora siempre

Arrabal de cabeza ancha y tejados rojos
eras ajonjolí de mi cuna
entre montoneras de callejones árabes
como nudos de magia estrecha
con tambores que nunca supe de dónde venían

Solemne desorden untado de vida
Vine a tatuarme de tu erizado
son barriotero

Caramba, Getsemaní
brioso tío burlón de sandalias al hombro
Espera esta rumba con nuestras muchachas
pecando en la extensión de los sábados
y juguetea tus morenotas de carmín facial
y fugitivas de la misa

Andas de nuevo entre nosotros, arsenal cansado
Las cadenas no han pasado
Se estacionaron cerca
Raspaste con nosotros estos atrios gordos que nos diste
Getsemaní, espeso de latigazos en el tiempo
Recibe mi brindis tiznado de revueltas
Conjúrame de muros y guaridas
entre paredonas de mi niñez
Y desde tus zaguanes escupiré a los invasores Lemetres
y a sus apellidos de potasa y basura secreta

No me sueltes, Getsemaní
Habla de mi desobediencia
Acomoda mi esperanza entre tu gentío
Toma mi beso y bébetelo



Cartagena, 1969. (Foto de *Hernán Díaz*)

Jaime de la Hoz**Viajeros**

Antiguamente
la tempestad
derrotó el vuelo
de los cóndores.
Ahora,
vamos a bordo
de un inmenso oleaje
navegando bien adentro.
Únicamente
el naufragio
hundiría en la arena
los restos
de nuestro aliento encendido.
Nuestro deseo es
que germine la vida
entre palmeras
y que un plumaje de acero
guarde una por una
las gotas de este río.
Generaciones de hombres
esperan al otro lado
del puerto.

Herbert Protzkar

Relato sobre un día en los llanos orientales

Se levanta el sol
abandona su cuna de palmas
en el sueño de los llanos
llenando el día con sus ojos de oro

La tierra se viste de plantas
se adorna con la verdura de cotorras
que sonríen en secreto
después de haber hecho el amor

Con la danza de los micos comedores
de maíz
y el cuchicheo de las serpientes
secas como ramas sin vida
y las nubes de garzas

La vaca color de tierra mojada
muge por su dicha de madre
y está el toro listo para el coleo

Dedos rústicos como troncos de pino
se deslizan en los esqueletos
de los sombreros de fibra de palmas
mientras las mujeres preñadas de ropas
y sabanas se enrumban
a las orillas del Guayabero

En los malocos de los guahibas
se desbordan las artesanías como el Guaviare
cuando la india Mapiripana
baila de espaldas un joropo de Ramón Sedeño
en un solo pie

Escucho con atención de niño el desgaje de las cuerdas de su arpa
empapado de pusana
y me dan ganas de bailar
al olor de la ternera a la llanera
mientras el sol vuelve a su toldo de maíz.

Rómulo Bustos Aguirre**Conocí a un hombre**

Conocí a un hombre
cuyo lugar en esta vida estuvo
en una estación de gasolina

Lavó carros, engrasó carros, tanqueó carros
también vendió kerosene a largas filas
de niños y mujeres con sus galones vacíos
todo ello con su uniforme y su casco

Hoy ha muerto en olor de gasolina
nunca supe su nombre
para él la vida sólo fue una inmensa
estación de gasolina
y su visión del cielo un domingo
sin estación de gasolina.

Niños que juegan

Al viejo Fon

Y que todos se han ido
que las brasas del fogón fueron mojadas
y ahora temblamos
y que todas las trancas están echadas
y que vamos por ahí sin bártulos y ni otra parte
y que todo esto es puro juego
y que todo esto es un mal sueño, hermano
que vamos a despertar un día de estos
con el sol dándonos en plena cara.



*A mi madre rodeada de árboles en el patio.
Al viejo Fon, a los grandes árboles que
crecen en su pecho.*

Rama

Pudieras ser el dedo elemental
de esa otra que apoya blandamente
su codo sobre el muro
Dedo largo surcado de anillos sobre el muro
El quieto muro de piedras. El árbol
se ha reclinado como una mujer cargada de años
Rama y árbol mirándome.

Fruto I

He allá ese fruto. Su forma amarilla. Su sabor
que me permito adivinar
Rodeado de claridad y de silencio. Inexplicado
En su pulpa hay amarillo de sol y humus
Hay también pequeñas piedrecitas que crujen
con los dientes
Inexplicado
A tres brazos de mi brazo
te pienso, te medito.

Fruto II

Abierto a la intemperie
a la lluvia que moja al aire que tiene dedos
fríos en esta estación de lluvias
Sobre un suelo rupestre te danzan
los pequeños animalitos que no tienen alas
y los moscones que si revoloteando
Tendido como el vientre de un hombre sin ardores
Aire sin alas que lo remen. Así.

Árbol I

Pequeñas hachaduras han mordido su mástil
Rajaduras huequecillos por los cuales
se ha vertido
Arriba surgen sus ramas como brazos
sostenidos en columnas de aire
Lentamente las hojas lo envuelven volando
Abajo están las raíces fatigándose
en la región oscura de los muertos

Árbol II

*A Dalmiro
A Deici.*

Tejedor dulcísimo de verdores
¿Y a qué esta sombra en el centro
como un gato negro maullando
de pasos sigilosos?



Jorge García Usta**Cotidianas**

(II)

La noche no es la misma, Rosa
cuando cruzan los macheteros del norte
con un secreto de arroz en la espalda.

La cosecha de medio año,
pequeña como un patio,
no sirve para crecer los huesos
de los últimos varones.

Calla ese canario, mujer
que me duelen las manos.

Rosa, cocina bien.
Mañana los muchachos
saldrán a arreglar las cosas.

(XX)

Pájaros tamañudos y hierbas de ánimo blanco
viven al norte, en tierra amiga.
Sufren allí, Ramón Gusto, con sus veintidós dientes,
y su Matilde, que no es palabra suave.

De noche sienten temblar
hasta más allá
del cogollo de la noche, y enredan
las sombras en el pecho del rancho,
buscándose con besos bajos.

Como gente de monte,
Ramón gusta querer en sumas grandes
y dobla Matilde la vida con un beso.
Con ojos sufridos pide ella
hacer otra vez los besos bajos, la estrella
que duerme en una hoja mecida.

Cazar quiere Matilde el color de la tierra
—como sobre pisado— en las querencias del pecho.

Se orilla la tempranura de su vientre,
el cariño apretado en sus dos piernas.
Pide la mujer con ojos que gatean: Ramón lo sabe.
Y cómo, con qué luz va amaneciéndoles.



Efraím Medina Reyes

*

Regresa en este verso la tarde
con las pestañas húmedas,
y el sol contradiciendo la llovizna
Hay un potro amarrado al alma sin domar,
y los ojos de la ira agitan
esta tarde sin jinete.

*

Cuando mi madre dijo: Vaya que creces
aprisa
me dolió su palidez, su perfección
destilada
Entendí el reproche que anunciaba
y sentí temor y tiempo en su mirada

Abuelos**I**

El abuelo murió hace un cuarto de vida.
Hoy, la vieja está más remota
que de costumbre. Octubre, un mes húmedo, inmóvil.
La abuela apoyada en la ventana
ve la lluvia caer, arreciar, caer
y recuerda que el abuelo fue enterrado
sin medias de lana y que debe sentir frío.
En la casa los perros asedian el aire
y la novela escapa de la radio.

II

Perros hostigando moscas
atravesadas en el patio
Sobre una extremidad mi abuela lava
y se rasca la pantorrilla.
Una comadre aspira a conversar toda la tarde
y atiza el terreno
con frases sueltas.
Mi abuela se detiene y no contesta
Debe ser aniversario del abuelo,
aquel que se aseaba a las cinco
y cortaba árboles enormes.



Kelly León Menaszas**Solo a mis espaldas**

Las dos de la noche agitada
se mira en mi reloj
sin tregua mis zapatos
alargándose echan fuego a las catedrales,
solo a mis espaldas un violín persigue
a un hombre
floreciendo en el aire

Legado

En un lugar de América
y en otro que estará
disolviéndose en mi cuello
se quedaran colgados
mis poemas

animales salvajes enzarzados
en una luna llamada colibrí
y puestos en un jardín temblando

un sol apagado detrás de mi frente
y el libro atisbado donde nunca
murió un hombre.

NARRATIVA

El viaje

Pedro Badrán Padauí

El muchacho subió al bus y desde la puerta miró los asientos que quedaban. Avanzó por entre las sillas, buscando un lugar donde sentarse. No tuvo oportunidad para decidir. Se sentó en el primero que vio a su alcance. Quizás, un poco más atrás otros puestos lo esperaban pero él pensó que estaban ocupados. No llevaba nada entre las manos; solo tenía que esperar la decisión del chofer.

La mujer sentada a su lado, lo miró; él apenas la había visto, no le había importado.

– ¿Adónde va? –le preguntó la mujer.

Pensó antes de contestar. Observó a la mujer como si quisiera reprocharle su curiosidad. Era una señora maciza, de cara ingenua y sin arrugas. El muchacho le respondió:

– Voy a Cartagena.

La mujer asintió como si lo hubiera sabido desde antes; luego sonriendo dijo:

– Yo voy a Elletén... llevo casi doce horas viajando.

El muchacho no prestaba atención. Pensaba que el chofer estaba demorando mucho. La mujer seguía hablando; él la volvió a mirar, detallándola. La notó intranquila pero no se preocupó. Ella



miraba a través de la ventanilla, buscando al chofer de la estación. En el interior del bus se sentía la sordidez inmóvil de la espera. Más atrás, dos viejas hablaban escandalosamente.

El chofer subió rápidamente y casi de improviso los pasajeros oyeron el ruido del motor. Solo entonces, muchos descubrieron que el chofer ya estaba frente al timón. Todos trataron de acomodarse en sus puestos mientras el ayudante iba pidiendo los tiquetes. Sintieron entonces el olor mezclado e impreciso, a veces agradable a veces repugnante, que habría de acompañarlos durante el viaje.

Era de noche. El viento entraba frío por la ventanilla y al sentirlo los pasajeros empezaban a dormirse.

La mujer se había callado y por encima del puesto del muchacho trataba de ver algo en los asientos de atrás. Cuando el chofer apagó las luces interiores ella se acomodó y agarró un paquete que llevaba entre las piernas. El muchacho se estiraba en su puesto, tratando de encaramar las rodillas sobre el asiento delantero. La mujer lo miraba, buscándole las palabras. Ella también se movía, estirando las piernas hasta rozar las del muchacho. Sonreía, cerrando los ojos. El muchacho se estremeció al sentir el roce provocado pero pensó que era una casualidad y prefirió olvidarlo. La mujer cambiaba seguidamente de posición sin poder acomodarse.

– ¿Cuántos retenes faltan? –preguntó.

– Más o menos tres –contestó el muchacho. –Bueno... de aquí a Cartagena.

La mujer quería seguir hablando.

– Vengo de Maicao –dijo. Voy a demorarme un día viajando.

– ¿Trae mercancía? –preguntó el muchacho.

– Pues, algunas cositas.

Los dos callaron. En ese momento el chofer trataba de adelantar a un gigantesco camión de carga que obstaculizaba el paso. La mujer y el muchacho observaban la maniobra. A los lados, el monte era oscuro, invisible. La mujer se recostó y en voz baja dijo, acercándose al muchacho:

– Me han quitado algunas cositas que traía.

– Así pasa –dijo el muchacho sin sorprenderse.

– Sí... pero a mí me han quitado más; no se da cuenta cómo están los retenes, llenos de soldados.

– ¡Ah! –exclamó el muchacho. Debe ser por las elecciones.

– Por lo que sea... Nunca me habían quitado tanto.

La mujer se asomó por la ventanilla.

– Verá a ver cómo se demoran requisando –dijo.

El bus se movía con un ronronear inmodificable que nunca llegaba a molestar; por el contrario ese ruido, eternamente igual, ayudaba a descansar. Ninguno de los pasajeros llevaba un radio prendido; las mujeres de atrás se habían callado y el silencio hacía pensar que todos dormían.

La mujer seguía nerviosa en su asiento. A veces, parecía protegerse en el cuerpo del muchacho. El bus se detuvo sin avisar y de inmediato todos trataron de averiguar lo que pasaba. Las luces se encendieron, iluminando los rostros soñolientos de los pasajeros. Un soldado subió de improviso.

– Los hombres abajo –gritó desde la puerta.

El chofer se había orillado en la carretera. Uno de los pasajeros, al bajar, aprovechó para orinar. Los hombres fueron bajando en silencio. El muchacho fue uno de los últimos en bajar. Arriba, en el bus, un soldado verificaba si faltaba alguien.

– Separen las piernas –ordenó otro.

Los pasajeros se dejaban requisar sin preocuparse. Más adelante, otro bus se detenía y los pasajeros empezaban a bajar; buscaban en el pecho, en las piernas y finalmente pedían identificaciones. Al terminar la requisa, uno por uno, los pasajeros fueron subiendo. La mujer se sonrió con el muchacho.

– ¿Todo bien? –preguntó.

El muchacho respondió con la cabeza. El bus no se demoró en arrancar.

Un poco después, las luces anunciaban un retén. La mujer se volteó hacia la ventanilla, simulando dormir. El chofer se detuvo orillándose nuevamente en la carretera. La mujer oía cómo, abajo, abrían el compartimiento donde se guardaban las maletas. Pensó que ya estarían revisando el contenido...

– ¿Qué trae? –preguntó el muchacho.

– Pendejaditas, no es mucha cosa; las llevo bajo la ropa. También compré ropa pero hago creer que es mía.

– El dueño de la maleta roja –gritó, interrumpiendo desde abajo uno de los agentes.

La mujer cerró los ojos: la voz se volvió a oír esta vez más cerca. No sabía qué hacer.

– Quihubo... ¿va a bajar o no? –gritó una voz de regimiento.

La mujer se paró y caminó nerviosa. Ninguno de los pasajeros se preocupaba por la situación. Todo era normal, por eso seguían sin inmutarse en sus asientos, sin mirar siquiera por la ventanilla. Abajo se oían voces.

Un hombre de gorra azul y revólver al cinto subió al bus alumbrando con un foco de mano los puestos de los pasajeros.

– ¿Qué lleva ahí? –preguntaba y los pasajeros respondían asustados.

Atrás, casi al final, el hombre pedía los papeles de un televisor que llevaba un pasajero. El muchacho se volteó para mirar; la mujer aún no subía y el hombre del foco, de un momento a otro, vendría a preguntar qué cosa llevaba en el paquete que ella había dejado en el sillón. El muchacho se acomodaba para cubrirlo. Pensó entonces que no tenía motivo para proteger a la mujer.

– ¿Qué es eso? –preguntó el hombre. Era alto, de pelo indio y boca doblada. El muchacho supo enseguida que era un cachaco.

– Ropa –respondió.

– Muestre a ver –dijo el hombre, que no había dejado de alumbrar.

El muchacho quiso abrir el paquete. En ese momento llegó la mujer y el hombre del foco se fue a otro puesto sin preocuparse. La mujer se sentó sin hablar. Algunos pasajeros empezaban a desesperarse; el viaje se les hacía largo. El bus arrancó, metiéndose en la carretera; a lo lejos se divisaban las luces de un pueblo acostado.

El muchacho estaba esperando que la mujer hablara pero ella se distraía mirando las primeras casas del pueblo. Sentía el frío de la medianoche. Algunos vendedores en vigilia trataron de acercarse con sus víveres al bus pero este pasó veloz sin determinarlos. La mujer seguía muda en su asiento y el muchacho le preguntó:

– Bueno... ¿y qué pasó?

Ella se volteó sin cambiar de rostro. El muchacho pensó entonces que en esos momentos de silencio, ella lo había olvidado y que solo lo había vuelto a recordar ahora que lo miraba con esos ojos extraviados. Él volvió a repetir:

– Cuente, doña, ¿qué le quitaron...?

La mujer se movió trabajosamente y las piernas de los dos rozaron hasta juntarse. Se sintieron mutuamente protegidos.

Les tuve que dar \$ 200. Quién sabe qué me quitarían cuando me mandaron a subir... En el otro retén me daré cuenta.

– A mí me preguntaron que qué llevaba ahí –dijo el muchacho, señalando el paquete de abajo. Yo les dije que ropa.

La mujer se sonrió y luego dijo suspirando.

– Menos mal que no se dieron cuenta. Lo único que compré para mí... No es para la venta, es para mí –dijo ella, mirando por la ventanilla.

Por largo rato se mantuvieron en silencio, mientras el bus avanzaba en una carretera solitaria y maltrecha. Sin embargo, los pasajeros dormían un sueño leve en sus asientos. El chofer y el ayudante conversaban adelante. El muchacho miró su reloj en la oscuridad y cerró los ojos para dormir.

El chofer fue disminuyendo la velocidad y los pasajeros despertaron contrariados, al ver el pequeño retén pintado de amarillo, situado al borde de la carretera.

La mujer se acomodaba, tratando de esconder con su cuerpo el paquete que llevaba.

– En este no hay soldados –dijo el muchacho.

La mujer seguía nerviosa en su asiento. Un policía subió al bus, alumbrando los puestos; caminaba rápidamente, mirando de lado a lado; antes de llegar a la mitad se bajó aburrido, como si no le importase lo demás.

– Menos mal –dijo el muchacho.

Abajo, algunos hombres revisaban el contenido de las maletas. La mujer esperaba el grito anónimo que le preguntara por el dueño de la maleta roja. Parecía escucharlo... De un momento a otro la llamarían y entonces ella bajaría, indefensa, sin tener con qué pagar. Pero no; el bus se movió hacia la carretera. Seguramente, pensó ella, los muy flojos se habían cansado de escudriñar.

Ahora ella suspiraba tranquila y se acurrucaba más en su puesto, casi rozando con el mentón el hombro del muchacho. Ambos sonrieron como si fuesen cómplices. Empezaron a hablar. Aunque conversaban en voz baja, el silencio dejaba oír el murmullo de sus voces. Se sentían más confiados, hablando de cualquier cosa. Si el muchacho la hubiera abrazado ella hubiera sonreído sin molestarse; pero aún ambos conservaban un temor secreto. El muchacho miró el reloj y dijo:

–Ya casi estoy llegando.

La mujer no dijo nada; miró largo rato a través de la ventanilla, tratando de descubrir algo.

– ¿Debe venir otro retén, verdad? –preguntó segura.

– Sí... antes de entrar a la ciudad.

La mujer se contrarió. El muchacho no sabía cómo distraerla porque entendía cuán ineficaces resultaban las palabras. Seguían despiertos, mirando hacia adelante; él en ese momento hubiera querido hacer el viaje hasta Elletén.

– Malditos retenes; nunca había visto tantos soldados –dijo ella.

– ¿Y usted no sabía que esto iba a pasar? Es que pasado mañana son las elecciones.

– Eso no importa; no ha importado nunca... Bueno eso me han dicho porque yo no llevo mucho tiempo en este negocio. Pero de todas formas nunca había visto tantos soldados, ni siquiera en elecciones. Es por la situación del país. Están controlando todo porque no se sabe qué pueda pasar –dijo él.

– Son pendejadas. No va a pasar nada.

– No crea. . . Nunca se sabe; en todo caso a mí me importa poco lo que pueda pasar.

– A mí también –concluyó la mujer.

El retén apareció cuando menos se esperaba. El bus se detuvo detrás de los carros que hacían fila, antes de pasar por él. La mujer volvía a moverse en su puesto.

–Y de aquí a Elletén faltan como cuatro –dijo.

– Sí, pero ya será de día y no le quitarán nada –la consoló el muchacho.

– Me quitan igual porque son soldados. . . Y cachacos todos –dijo ella angustiándose ante la proximidad de la requisa.

– Mire la cantidad de soldados –añadió.

El chofer luego de pagar el peaje, se orilló en la carretera como siempre. Uno de los tipos del retén subió al bus alumbrando, con los mismos movimientos que los anteriores habían hecho. Más tarde subió un soldado adolescente que preguntaba en voz alta, asustando a los pasajeros.

– ¿Qué lleva ahí, huevón? –le preguntó a uno.

La mujer, al oírlo, se asustó. Pensaba en lo que iría a responder cuando le preguntaran por su paquete.

– Nada –respondió el pasajero.

– Abra –dijo el soldado.

– Es ropa –contestó el pasajero.

– Y entonces ¿por qué me dice que nada? –le gritó el soldado. Déjeme ver, gran marica.

Los demás miraban nerviosos a aquel soldado de rostro infantil que se mostraba autoritario. El hombre que sostenía el foco se mofaba de él moviendo los labios, como si quisiera decir que los gritos del soldado eran únicamente burla, y nada más.

La mujer se sobresaltó al oír el requerimiento que le hacían desde abajo. El muchacho la miró dándole fuerzas. Ninguno de los dos esperaba el grito porque se habían distraído viendo los gestos del soldado. Bajó lentamente, tratando de esconder inútilmente los nervios que sentía. Sudaba.

El soldado se acercó hasta el puesto del muchacho, quien lo observaba desde lejos; no supo qué responder cuando le preguntaron por el paquete. Esta vez no podría decir que ropa porque lo irían a revisar. No tenía tiempo para pensar.

El soldado levantó la voz al volver a preguntar.

– Yo no sé –respondió el muchacho. Eso no es mío.

El soldado trató de abrir el paquete pero el hombre que alumbraba le dijo:

– Deja eso quieto... Abajo nos arreglamos con la señora.

El soldado desistió y enseguida se alejó, disponiéndose a bajar. El muchacho cerró los ojos, suspirando.

– Es un niño, el soldado ese –decía una señora. Los pasajeros comenzaban a comentar para distraerse. El muchacho no prestaba atención. Solo a él le preocupaba la señora; y tardaba tanto. Oía las voces discutiendo, pero no podía ver nada y los pasajeros comenzaban a desesperarse.

– Esa señora nos ha hecho perder casi dos horas de viaje... En cada retén la paran –decía uno de los hombres, exagerando.

El muchacho miró hacia atrás para buscarlo con los ojos pero no lo encontró.

– Uf –se quejaba una vieja, que le quiten lo que sea y vámonos rápido.

La desesperación se acentuaba más, ahora que la ciudad se veía ahí cerca.

– Apuren –gritaban los pasajeros. Dígale al chofer que suba.

El muchacho se enconchó en su asiento. Quizás, pronto la emprenderían contra él. Al cabo de un rato, la mujer subió y los demás pasajeros se alegraron cuando el bus arrancó nuevamente.

– Al fin –gritó el hombre que había empezado los reproches. Vea lo que hace, señora, porque así no vamos a llegar.

La mujer mostró una sonrisa de disculpa. Al sentarse, se agarró del brazo del muchacho casi llorando.

– Me han quitado dos radios –dijo sin moverse.

El muchacho no dijo nada; se sintió inútil; en verdad lo era.

– Me volvieron a preguntar por el paquete –dijo.

– ¿Y qué les dijiste?

– No lo revisaron.

– Gracias a Dios no me lo han quitado –dijo. Las lágrimas se escaparon de improviso.

– ¿Qué cosa es? –preguntó el muchacho.

– Cosas para mí. No me las pueden quitar.

– ¿Por qué...? ¿Tiene los papeles?

– No... No tengo nada. Me lo quitarán, ¿verdad?

– Bueno... tal vez no –dijo el muchacho con débil optimismo. Ya le han quitado mucho.

– Eso es lo que no saben en los otros retenes; malditos retenes.

– Son los soldados –corrigió el muchacho.

– Bueno, todos juntos –exclamó la mujer, cambiando bruscamente de posición.

– Ya estoy llegando.

La mujer calló. El muchacho la sentía llorar. Era imposible consolarla.

– Seguramente –dijo él–; el chofer se va a demorar en la estación... Puede bajarse y comer algo.

– Gracias, no tengo hambre, contestó la mujer.

El bus buscaba un sitio para estacionarse. Al hacerlo, el chofer fue el primero en bajar. El muchacho observó a la mujer, antes de levantarse. Cuando empezó a despedirse le dijo sin fuerzas, como si de nada valiera decirlo:

– Suerte.



Ella le agradeció con los ojos. Se sintió abandonada, triste. Con la manga del vestido la mujer se secó el rostro.

– Cuida bien ese paquete –le gritó el muchacho, desde la puerta.

Ella sonrió. Por un momento sintió ganas de llamarlo y retenerlo a su lado, pero se controló, quedándose inmóvil en su puesto y apretando el paquete que llevaba entre las piernas.

El muchacho se alejó, tratando de olvidar a la mujer que dejaba en el bus.

Sentía un poco de culpa al abandonarla. Sabía con seguridad absoluta que la mujer iba a llorar bastante cuando algún soldado del retén le quitara el paquete que había comprado para ella.

Marzo 1980

PASOS LENTOS Y EL CHULAVITA

Amalia Iriarte Núñez

En el municipio y sus lomas circundantes se lo conocía como el trasto inservible, el zángano, el para-nada del hijo del pobre viejo don Samudio. Nadie esperó nunca cosa buena del mozalbete azarado y sonámbulo que parecía medir a trancos las calles desde la aurora hasta el crepúsculo, sin inmutarse por las bandadas de muchachitos que lo perseguían gritándole *Pasos lentos*, gritándole *Sombravana*, díganos cuantas zancadas hay exactamente entre el atrio y la puerta de la escuela, entre esta ceiba y aquel cagajón. Nadie esperó nunca cosa de provecho del joven medio hechizado que se eternizaba de espaldas contra la pared del café Quirinal, indiferente a que cualquier transeúnte le preguntara cuánto le pagan al día por sostener ese muro.

A sus doce o trece años, cuando ya era casi un adolescente cuyos rasgos presagiaban al hombre de bella estampa, siendo, por lo demás, un muchacho como cualquier otro, el hijo de don Samudio bajó una tarde por leña al río, lo cogió la noche por allá y regresó sin un mísero palo demudado y trémulo. No consiguieron sonsacarle ni una palabra, ni un sí ni un no, pero su dolencia indicaba ser asunto de apariciones y maleficios.

Que tuvo que suceder, se dijo en su hogar, que en los matorrales de la ribera se le presentó la viuda María Mandunga, la sombra en pena que únicamente pueden ver los niños, el espantajo de largas greñas verdes y semblante amoratado que aullando recorre los campos al atardecer, en busca de críos que acogotar y guindar después en los guamos. Viera lo que viera, el hecho fue que desde entonces el que luego sería mentado como *Pasos lentos* quedó atarantado por algún embrujamiento, con el gesto alucinado, la faz macilenta de quien ha padecido fiebres, incapaz de habérselas en lo oscuro y de mirarle el rostro a un difunto, malgrado definitivamente para cualquier faena en la precisa edad de iniciar labores de jornalero. Las comadres del pueblo fueron implacables con él. Recordaron el caso como la historia embustera del joven Samudio, sin tregua lo hostigaron porque no volvió por la leña al río, porque no volvió a nada de nada, y se dieron a lamentar que la Divina Providencia hubiera premiado con aquel hermoso porte a semejante zopenco desocupado y trota calles.

Cuando se desquició la calma, el pueblo se fue llenando de sujetos malencarados *chulavitas*, amanecieron los primeros liberales abatidos a machete en

las orillas de los caminos y la gente de paz recogió sus corotos y empezó a largarse por camionadas, el llamado *Pasos lentos* se quedó en vez de echarse al monte con los demás hombres, y si no hizo ningún esfuerzo por disfrazar su desgano ante la suerte aciaga del municipio, si se dejó descubrir el miedo que les tenía a los muertos, o los que se iban a morir, a los que habían matado a alguien, por lo cual se le perdió el nombre de pila entre tantos apodos como le endilgaron entonces sus paisanos. Y por su empecinada falta de oficio, de garra, de todo, estuvo a punto de esfumarse como un fantasma.

Solo Adelaida, la hija de Delia la lavandera, cuidaba de él a escondidas de las inflexibles matronas del lugar.

Dado que apenas musitaba y con muy poco se nutría, como no era bueno ni malo, ni ayuda ni lastre para el envejecido don Samudio, lo fueron olvidando en la comarca. Hasta el día en que se dejó pescar en una batida del ejército y se habló tanto de él en las tertulias de la plaza y en las mesas del café Quirinal.



El muerto espera. (Foto de *Carlos Caicedo*)

Un día de mercado arreó la tropa con el joven *Pasoslentos*, con el único que –mientras los mozos del pueblo se escabullían de la plaza, saltaban bordas, escalaban tapias y volaban a esconderse– permaneció recostado junto a la puerta del Quirinal, observando impasible cómo los uniformados buscaban hombres que reclutar, esperando a que lo aventaran, lo acorralaran y lo chuzaran con las bayonetas.

– Papeles de identidad –cuentan que le ordenó una voz áspera de sargento.

– Yo sí los tengo pero fue que se me quedaron en la casa –dicen que contestó.

Se lo llevaron a empellones a prestar servicio militar, sin que nadie distinto de la cautelosa Adelaida se compadeciera de él, por pendejo, ni su padre anciano, ya que la ausencia de un para-nada ni le ponía ni le quitaba al desmoronamiento de don Samudio. Y no alcanzaron sus paisanos a olvidarse del muchacho asombrado, pues pronto supieron que estaba mirando transcurrir en calzoncillos y franelas los meses de reclutamiento, castigado en el patio de una escuela veredal, por haberse dejado birlar una noche las botas y a la siguiente el fusil. Que lo hizo a propósito, se sospechó, por no tener que salir a patrullar la cordillera y a toparse por ahí con descabezados y espantajos. Igual que cuando doña Mandunga, murmuraron las comadres del lugar. Es de los que prefieren pasar por zonzos para no molestarse, chismosearon. Y aunque hubiera sido fácil relegar la memoria de un embrujado semejante a lo largo de meses y meses de arresto en una escuela perdida en no se sabía qué remoto paraje, la mala fortuna que se desgajó sobre su padre lo mantuvo en el ánimo de las gentes.

No tener el aporreado Chucho Samudio quién saque la cara por él, se decía. Y en esa forma lo recordaron durante el servicio militar que lo alejó de su tierra.

Cuando ya casi concluía el tiempo de reclutamiento, se volvió a tener noticias del conocido como *Pasoslentos*: que en vez de aguardar con paciencia a que le dieran la baja, no se aguantó y se escapó del cuartel. Que se dejó capturar en plena fuga; como a desertor lo encalabozaron en tinieblas y a pan y agua y él, por la desesperación que le causaba la negrura y sacudiéndose su acerbo terror a los muertos, a las semanas se le ofreció a una patrulla en misión de peligro. Que del abaleo resultó malherido en el hombro derecho por lo que al fin logró que le otorgaran la baja. Pero ahora lo tenían hospitalizado quién sabe hasta cuándo.

Los dieciocho meses de servicio iban para los dos años y las desdichas del viejo Samudio estaban por causarle una triste muerte cuando se presentó en el pueblo, donde ya nadie, salvo la porfiada Adelaida, lo esperaba.

No produjo sorpresa verlo venir camellón abajo con el mismo andar sonámbulo, con las mismas zancadas con las que parecía estar midiendo la longitud de los caminos, con el rostro noble alucinado por el mismo pavor de los doce años, de la tarde aquella en la que se le apareció dizque el espanto de María Mandunga.

Sin mucha esperanza, solo por cumplir con un deber de conciencia, las matronas le salieron al paso, lo encerraron en un corrillo alharaquiento y le relataron, una a una, todas las desventuras del viejo don Samudio. Las escuchó en silencio, con la mirada distraída en las piedras del sendero. Que si era que no pensaba hacer algo, que si ni siquiera el reclamo, lo asediaban. Como no les respondió ni sí ni no, ni palabra, el mujerío se le amotinó. *Sombravana*, le gritó una señora. *Pasos lentos*, lo zarandeo un vejestorio enlutado. Ojalá y la vida no te retorne el desdén que hoy sientes por tu padre.

– ¡Que el ancianito no tenga un hijo que lo haga respetar! –se alejaron clamando las matronas del pueblo.

No se arrimó a saludar al viejo. Ni siquiera a descargar el magro equipaje que traía. Con todo y maletín volteó por ahí sin rumbo, y a la hora del crepúsculo se perdió en los matorrales de las afueras y la oscuridad. Al día siguiente, las manos entre los bolsillos, bajó derecho a la plaza, fue y se instaló en el rincón más sombrío del café Quirinal, pidió una *Kolcana* y se sentó a dormir. Así pasó el resto de la jornada. Y los que se asomaban a la puerta del cafetín a mirarlo y lo reconocían, se dispersaban murmurando que el servicio militar lo había dejado más espantado que cuando se le apareció la viuda de marras.

Al promediar la tarde irrumpió en el pueblo un jayán de revólver, bolas altas y zamarros, levantada el ala del sombrero, jinete en un caballo negro, brioso y brillante de sudor, enjaezado con los más coloridos aparejos. Dio vueltas y vueltas faroleando alrededor de la plaza, encabritando el animal en cada esquina, lanzándolo sobre los transeúntes, amagando meterse a los almacenes con todo y cabalgadura. Finalmente, cuando desocupó los contornos a punta de cabriolas, vivas al partido conservador y disparos al aire, frenó con rudeza y se desmontó de un brinco frente al Quirinal. Amarró la bestia a un poste, sin quitarse el sombrero taconeando, se acomodó junto a la puerta principal y pidió la primera *Bavaria* a golpes de anillo sobre el latón de la mesa. Entonces un niño corrió hacia el rincón de *Pasos lentos*.

– Que le manda decir aquella señora de allí que si es que usted no piensa ni hacerle el reclamo.

Viejo, enclenque, viudo y con un solo hijo varón al cual el vecindario no cesaba de hostilizar con burlas de mala leche y sobrenombres cargantes, desde que los *chulavitas* incendiaron y desolaron las fincas de la región, don Samudio no halló más oficio que ir por la leña que arrastraban las crecidas del río, de lo cual se medio sostenía. Por los días en que arrearon con su hijo para el ejército, alcanzó una edad de inocencia que no le permitió vislumbrar lo espinoso de los tiempos que se estaban viviendo en el lugar. De espaldas a chirinolas y gazaperas políticas, sordo a rumores de muertos y despojos, tan pronto como vendía un atajito de leña se iba para el Quirinal, se metía un par de aguardientes, que eso bastaba para tronarlo, y que yo soy muy liberal y soy de este pueblo y de aquí no me muevo, salía a alborotar la plaza. Así fue como lo conoció el terrible *Sabandijo*. Recién llegado del Norte del Valle con su cáfila de *chulavitas*, se ensañó con el viejo y abandonado don Samudio. Dondequiera que lo encontraba le atizaba sus dos zurriagazos. Bajaba el río a buscarlo para aventarle la bestia encima. Si tropezaba con él en los caminos, lo obligaba a tirarse a las zanjas, amenazando aplastarlo con las patas del caballo. Gozaba afrentándolo y aunque se sabía que el *Sabandijo* debía más de una muerte, a don Samudio no parecía tener la intención de enviarlo al otro patio. Sin embargo, un buen día se le fue la mano. Lo correteó tanto, le dio tanto rejo al anciano, que lo dejó tendido en el andén, medio muerto.

Algunas mujeres lo encontraron delirando que yo soy liberal y soy de este municipio y de aquí no me largo, aquí me muero, y clamando porque el ancianito no tuviera pariente que viniera a vengarlo, lo recogieron, lo cargaron hasta el cuartucho desvencijado que le servía de vivienda, lo medio curaron y allí lo dejaron aguardando ya nada más que su hora.

Con ademán de no haberle prestado atención al recado del niño, el joven hechizado *Pasos lentos* se acabó de beber la *Kolcana* sin prisa, dejó correr las horas y sin prisa, ya al final de la tarde, se levantó, se fue arrimando a la mesa del recién llegado y se le plantó al frente, con su gesto alucinado, su silencio de limosnero bobo.

– ¿Verdad que usted es el mismo fulano al que nombran por acá el *Sabandijo*?
– se animó al cabo del tiempo a preguntarle al forastero.

Y hubo revuelo de curiosos en las puertas del Quirinal. Al clamor de Virgen Santa, pelea, el cantinero brincó por encima del mostrador y todo aspavientos se dirigió al terrible *chulavita*, antes de que le respondiera, acaso apuñaleara, aplastara de un manotazo al menguado *Sombravana*.

– Hombre, señores, lo mejor es que arreglen este asunto por las buenas, no sea que acaben de perjudicar el establecimiento.

El *Sabandijo* empezó a reírse.

– Hombre –seguía implorando el cantinero. –Lo que usted puede hacer para calmar a este muchacho es ayudarle al viejito con los remedios.

Dijo, retiró al joven sonámbulo, lo sentó en la mesa más apartada y le brindó una *Kolcana*. El *Sabandijo* miraba al embrujado y se reía. Ya iba para la quinta cerveza, y lo asfixiaban las carcajadas. Afuera no quedó uno solo de los curiosos.

A los muchos días, después de horas de ensoñación en su escondrijo del Quirinal, volvió y se le arrimó al *chulavita*.

– Yo soy José Isabel Samudio, el hijo de don Samudio –dijo y volvió y se le quedó plantado al frente al *Sabandijo*.

– Qué no haría yo por librarme de este tembo –comentó el matasiete sin alterarse.

Y corrió la voz de que el para-nada se había envalentonado y le estaba haciendo el reclamo al matón. Al instante una multitud taponaba las cuatro puertas del Quirinal. A los minutos había desaparecido el último de los mirones: el *Sombravana* del joven Samudio había regresado a su rincón oscuro y se estaba bebiendo su cuarta o quinta gaseosa del día, y en silencio indolente soportaba las agrias burlas de *chulavita*.

Transcurrían las semanas y no se presentaba ante su padre enfermo. Había vuelto a las andanzas, más pensativo, más reconcentrado que nunca. A los fisgones que le seguían la pista al anochecer, les pareció haberlo visto saltar, en lo confuso de las tinieblas, la cerca del solar de Adelaida la hija de la lavandera. Pero no quisieron darle crédito a sus propios ojos. Prefirieron pensar que, si la vergüenza y los remordimientos no lo dejaban ir a pedirle posada al viejo Samudio, estaría durmiendo en los andenes, tirado bajo algún farol, no fuera a ser que en la penumbra lo espantara de nuevo la viuda María Mandunga.

Solo las asiduas visitas al café Quirinal trastocaron su regreso a la rutina. A mañana y tarde, entre caminata y caminata se sentaba en la mesa del recoveco más lóbrego, se bebía una gaseosa y aguantaba con desidia la zumba punzante del terrible *Sabandijo*. Salía después de horas, se estacionaba junto a una de las cuatro puertas del cafetín, y a las horas arrancaba a deambular de nuevo, arrancaba a medir a trancos las calles del poblado, tragándose con indolencia el desprecio general. Una tarde lo vieron entrar a La Abundancia, a comprar algún pedazo de cachivache oxidado que se escondió en las medias, pero nadie le puso atención, porque el joven alelado se había vuelto a hundir en el olvido de sus paisanos, desde el día en que la última, la más encarnizada de las matronas del lugar se cruzó con él y ya no quiso insultarlo; el día en que el *Sabandijo* se aburrió de afrentarlo con sus bromas.

Sobrevivía únicamente en los secretos del corazón tenaz de la hija de la lavandera.

Un domingo solitario, estando los parroquianos resguardados a puerta cerrada de las borracheras de la terrible camada de *chulavitas* vallunos, el personaje conocido como *Sombravana* se bebía su gaseosa en la media luz de un rincón del Quirinal vacío. Solo en la mesa del *Sabandijo*, situado a la entrada principal del establecimiento, había concurrencia. Pasaba y pasaba la tarde y, a no ser por la barahúnda de los matones, el mundo hubiera parecido habitado por ánimas escapadas del purgatorio.

Era la hora en que se enciende el ocaso, el verde de las lomas se esfuma en la sombra y el azul del cielo se hace más profundo, cuando desde la mesa del *Sabandijo* voló una botella que fue a estrellarse al lado del *Pasos lentos*, quien apartó los vidrios con leve e indiferente movimiento del brazo. Y no transcurrió mucho tiempo sin que volaran otra y otra. Entonces el denominado *Sombravana* aporreó el latón de su mesa con la *Kolcana*, brotó intempestivamente de la penumbra, saltó hacia la horda del matasiete, de un violento manotazo lanzó al suelo un estruendo de envases de cervezas y, sin que hubiera un solo curioso asomado a ninguna de las cuatro puertas del Quirinal, sin que corriera a divulgarlo por las calles, se le enfrentó solitario al *Sabandijo*.

– Quítenme de aquí a este tembo antes de que lo estrangule –amonestó el chulavita a sus compinches.

Pero al mozalbete lo alentaba ahora algo más fiero que la indignación.

– Yo en realidad vine fue a arreglar una cuenta pendiente con usted, así es que vaya saliendo para afuera, no sea que le perjudiquemos el negocio al señor –dijo y salió adelante.

Y saliendo lo asintió: un cuchillo frío le abrió el costado, y el calor de su propia sangre le quemó la piel. Cruzó, sin embargo, la puerta, se apoyó de espaldas contra la pared, se sacó un cachivache oxidado de entre las medias y esperó. Las matronas que pasaron para el rosario vespertino lo vieron recostado, sosteniendo los muros del cafetín, y no le pusieron atención. Durante tantos años se lo habían encontrado con el mismo talante. El *Sabandijo*, muy fresco al ver al mozalbete herido y descompuesto por la ira, tal vez enloquecido del dolor, quizás moribundo, confió en que aquel atolondrado lo aguardaría frenético en la mitad de la calle. Con arrogante parsimonia se bebió la última cerveza y, sonriente y farolo, salió del Quirinal.

Pero apenas alcanzó a pisar el quicio de la puerta. Allí mismo le hincó el para-nada un pedazo de chuzo oxidado, se lo ensartó en el vientre, volvió y se le incrustó y se lo empujó hasta que lo atravesó de lado a lado. El *Sabandijo* se fue desgonzando sin decir palabra, sangrando a borbotones, mientras su cuadrilla se desperdigaba en silencio, como si un maleficio emanara de los despojos de su terrible jefe, derribado por *Pasos lentos* herido. Algo tendría que ver semejante sin razón con el hechizo de María Mandunga.

José Isabel Samudio, el puño crispado sobre el chuzo, la mano derecha conteniéndose el costado abierto, contemplaba espantado la boca espernacada por el grito de rabia y dolor que no alcanzó a lanzar, los ojos desorbitados, la última mueca del feroz *chulavita*. Así transido junto al cadáver lo encontraron algunos parroquianos. Lo sacudieron, le quitaron el pedazo de chuzo y le limpiaron de sangre la zurda. Pero el muchacho continuaba ausente, alucinado y mudo, como si ya le hubieran abierto las puertas del infierno. Entonces recordaron: nueve años antes dizque había visto de cerca algo que le había helado el alma.

Lo sacaron del pueblo de afán, a empellones no fuera a ser que se despabilara la ley, llegara y le pusiera el guante. Por un atajo se lo llevaron a medio curarlo. Y luchaban por animarlo: que eso que usted mató no servía para nada; y debía más de uno, o sea que tranquilo, hermano.

– Ahora piérdase –le aconsejaron. Échese al monte o aquí lo truenan y nos truenan a todos.

Que buscara a este y aquel en la Cordillera. Que se quedara por allá con ellos, se alentara y luego si les ayudara a enfriar *chulavitas*.

En las hondadas de la ribera lo despidieron. José Isabel Samudio no volvió la vista atrás. Era noche cerrada. No vieron su andar moribundo, su hermosa estampa ensombrecida por la contemplación de ese barrunto de lo que es la otra vida, que se lo asomó al semblante aterrador del *Sabandijo* muerto; ni vieron su noble rostro empalidecido por la certeza de que ya no lo alumbraría otro amanecer.

Mientras en un cuartucho desvencijado agonizaba el viejo don Samudio, sin saber que su único hijo varón había regresado a vengarlo; mientras en los zaguanes y a media voz, las matronas del pueblo corroboraban que el joven Samudio se había hecho el zonzo por nueve años para resultar al fin tan hombre como cualquiera; mientras en el solar de su casa y a la vista del vecindario Adelaida, la hija de Delia la lavandera, como quien se alista a escapar o a seguir al que huye, empacaba con premura unos corotos; mientras en los matorrales que circundan el pueblo se hacía negra la noche, la sombra de María Mandunga se acercaba aullando a llevarse la vida del joven José Isabel Samudio.

DALMIRO LORA: LA VIDA DE UN PINTOR

Jorge García Usta



El taller de trabajo. En medio de señoríos pintar mujeres solas y duras es mirar muy adentro de la vida.

El hijo de Julio Lora

Dispuesto estaba por los rigores semanales de la supervivencia que la descendencia de la familia Lora entregaría sus días a los oficios duros de la mecánica. Era casi una ley sin quebrantos en el decálogo familiar. Pero Dalmiro, uno de los hijos de Julio, había comenzado a resistirse a los seis años de edad, de manera insolente y concentrada. Se le veía todo el día dibujando a las muchachas de barrio y a las palenqueras que en número alto habitaban el corazón de Zaragocilla y pasaban inundando la mañana con su vocería de lamento, o a “cualquiera vecina encinta o al tipo de la tienda”, mientras su padre, sucio de aceite y tierra, se ganaba el día con el ceño fruncido bajo los carros. Los tíos de Dalmiro —entre los que hay, además, choferes y latoneros, y son cuerpo esencial de la mitología del barrio— tenían entonces una opinión cruel y unánime: la dichosa afición del hijo de Julio era un huella de vago; ese muchacho, lo mismo que todos sus primos, debía meterle la mano a la mecánica; cuanto antes, mejor.

Aquellos dibujos de los seis años eran iniciales y espontáneos en forma de caricatura para sacarle la risa a la gente del barrio, mostrándoles la otra gracia simple y despatarrada, que el dibujo podía inventar. Era una afición que se compartía con la de dibujar los castillos y los dragones de las tapas de los cuadernos de escuela. Y a la que se sumaría, mas tarde, un encanto diario con las imágenes que le desprendían las lecturas de las fábulas de Pombo y Esopo, y “sobre todo aquella perra flaca de Moratín que me impresionó mucho porque me la imaginaba bien”; fábulas que había leído en la escuelita de banco del barrio, donde aprendería las primeras letras, “demasiado tarde”, a los ocho años.

“Yo nunca sentí la mecánica”, explica Dalmiro, ahora. Pero el viejo Julio Lora, que por entonces no llegaba a los cuarenta años, sí la había sentido y durante toda su vida. Y un día cualquiera, hasta el cogote por los exasperantes aires de artista del muchacho, lo tomó por el brazo: “Nojoda –le sacudió despaciosamente al oído –pero es que tú no nos ayudas en nada”.

Los tíos esperaron los resultados, confiados en la eficacia del reniego de Julio, pero la resistencia continuó. En la estrecha libertad, ganada con el pulso de una obstinación cada vez más silenciosa, Dalmiro siguió dibujando de manera más continua, “quizás para escaparme de tener que llevar siquiera los tornillos”. Y siguió emborronando hojas y hojas.

Esta numerosa producción primeriza llamó la atención de su última hermana.

“Ella quería los dibujos para adornar sus cuadernos y sus cosas, y como yo no quería dárselos, los agarró por la fuerza. Si no son para mí no son para nadie, dijo, y los fue rompiendo por pura rebeldía. Entonces, el viejo que estaba arreglando uno de los carros, se paró y llegó donde nosotros. Vio las hojas picadas en el suelo y le metió tres palmadas a ella. Eso que hace Dalmiro tienes que respetarlo, le dijo. Dio la espalda y volvió al carro. Fue una revelación para mí. Él respetaba mis dibujos y hasta los defendía”.

La escuela de bellas artes

–Yo he visto que tú dibujas –le dijo el viejo Lora años más tarde, cuando él había concluido los estudios secundarios.

Dalmiro estaba pasando noches aterrorizado ante la posibilidad de tener que estudiar Derecho o Matemáticas.

– Qué. Una escuela de qué. El viejo no reparó en nada.

– Además, es barata. Mañana vas a ver cómo se entra.

Las palabras de su padre seguían en su oído al día siguiente, cuando vio el edificio de Bellas Artes, asomada a la gracia ligera de los estudiantes que subían y bajaban escaleras, el estrépito y la trápala. Le pareció fascinante: “Fue encontrar esa soltura de gente lo que me hizo pensar esto es lo mío”.

Hasta entonces la relación suya con el arte había sido diversa pero superficial: además de hacer sus dibujos, leía los suplementos dominicales; había visto uno que otro de los absurdos del teatro de Alberto Sierra; había montado una obrita de teatro sobre la muerte del *Che* y para una semana cultural de su escuela pulseó un cuento de treinta y cinco páginas que recuerda con cariño, pero que los jurados prefirieron no leer.

Ahora había encontrado, de sopetón, el aire de su gusto. Pasó días enteros sobando los pelos del pincel, embelesado con la viscosidad del óleo, él que solo había tratado con lápices *Berol* de tienda.

Aunque el arrebató idílico era no solo inevitable sino también rico, tocó fondo muchos meses más tarde –en el inicio de su maduración interior–, cuando sentiría que la Escuela de Bellas Artes –donde estudiaron pintores de la talla de Morales y Cogollo, que se fueron “a tiempo”– estaba amarrada con las cabuyas destroncadas y regresivas de un clasicismo ya sin tiempo. Aquella enseñanza no era únicamente una tara escolar sino la mejor barrera a los vientos de renovación y a las tentativas modernas de experimentación que habían surgido muchísimos años atrás en otras partes del país, de que la pintura se metiera dentro de la vida.

Pero el arte en la Escuela era considerado un asunto rígido, monótono, y, sin embargo, el artista, un ser privilegiado de sensibilidad especial. Los profesores de buena y exclusiva formación académica no habían evaluado si esa enseñanza mohosa servía en otra vida, y los estudiantes no tenían otra dificultad imaginativa que la de producir estúpidamente figuras de yeso, rostros griegos, que no solo no eran enseñados en sus sugerencias vivas para los trabajadores futuros: ni siquiera en la dimensión exacta de su aporte técnico.

Irónicamente el mejor alumno sería el de mejor disposición de calco. El más galante con el orden, el más servil.

Desde luego se producían artesanos diplomados, no artistas. Esta es la raíz de la costumbre decrepita que ha convertido la pintura local en otro *souvenir*, en un medio decorativo infame de promoción turística. El repertorio de este podrido ensueño feudal es largo y comprende el balcón, la playa, el mar, la calle, el crepúsculo. Y al vicio decadente, hace años, Rómulo Bustos, sin rodeos de arcángel, le clavó una etiqueta implacable: *El cartagenerismo*.

El rescoldo de Zaragocilla

Dalmiro, que entre otras cosas, se había alejado del álgebra porque Baldor lo tenía resuelto todo, no estaba de acuerdo. Y este primer desacuerdo quizás no fue racional: fue vital. Él provenía de un territorio gritón y escueto y tiznado de regusto de gente de pueblo, muy distinto a los barrios fáciles del otro lado de la ciudad. Había estudiado en el Colegio Cooperativo de los hijos de los choferes, que andaba de lado a lado por toda la ciudad, buscando cupo para sus sillas sin brazos y sus profesores mártires, y que él no ha dejado de recordar. Y había visto y sentido el rostro endurecido de cansancio de su madre, y el rostro se había eternizado en su memoria.

Eran, desde luego, diferencias de vida, no menores y muy personales, con un sector considerable en cuantía pero exiguo en valor artístico de los pintores locales, que empezaron a expresarse, de golpe en el asombro, una tarde ante un cuadro de Goya, el *Fusilamiento del 8 de Mayo*: “Fue un impacto. Yo me dije no es solo pintar, no es solo tocar el óleo. Se trata de decir algo”. Empezó a preocuparse de alegría al descubrir que la pintura no era repetir viejos modelos de Rembrandt, como se enseñaba en la Escuela. Eso era solo empezar. Lo demás, lo grande, entre la frustración o el alborozo, era una expedición hacia dentro de la vida, con todas sus turbulentas vertientes.

La rebelión personal

Por eso le cayó bien la llegada de Beatriz Ángel a Bellas Artes. “Con su informalidad, con su locura, presentaba películas de arte moderno, diapositivas de arte conceptual y de obras monumentales. Y todo eso me servía”. Beatriz, que creía en la alegría del acto de pintar, le cambió hasta los modelos. Tiró los perfiles yertos de la madre Grecia y les encimó remeros y cumbiamberas de Marbella. “Y nosotros que pensábamos que un remero no podía tener ninguna significación plástica”, evoca Dalmiro.

Muchos fueron los sorprendidos con su tesis de grado: palenqueras y sirvientas en sus quehaceres diarios. Algunos consideraron que era la primera vez que eso se hacía en la Escuela. Una holandesa que estudiaba con él, entusiasmada, se compró dos cuadros. Pero para él no había nada sorprendente: tenía dos años de estar amasando los pertrechos de su rebelión personal contra las estrecheces académicas, en un pugilato repartido: en la tarde tragaba óxido renacentista y en el mañana punzaba la almendra de su vida. “Yo aprovechaba la información meramente técnica, pero por dentro era pura contradicción. Mira ese pincel” –me dice, y me muestra los cuadros de esos años.

“Estaba rompiendo las limitaciones. Estaba hastiado. Venía y me encerraba en mi cuarto y hacía cosas diferentes. La fortaleza del pincel indica, más que nada, un rompimiento. Las figuras en sí son grotescas. Estaba desbordado con el color. Estaba demostrándome mi propia fuerza y mi deseo”.

Desde el inicio se cuadró ante temas inexplorados. Los proporcionados por la poesía de Artel –rostros y haceres de negros melancólicos y fuertes–, y más tarde por la desgracia de las prostitutas nocturnas de la ciudad. Pintó muchísimos cuadros, auxiliado solo por una gana íntima y esencial de hallar un trozo central de vida y fundar un lenguaje y unos colores decisivos y suyos.

Los últimos cuadros de esos años, llenos de trazos raudos y urgente violencia, muestran mujeres desnudas y rotas, y un tiempo sórdido trozando sus ojos. Dalmiro recuerda aquellos días. Recuerda el amoroso padecimiento, la felicidad incierta de “no estar haciendo nada nuevo, pero sí diferente; de estar frente a un problema profundo como es el de la definición de la forma, pero más allá de los beneficios técnicos buscaba elaborar una forma mía que me permitiera decir mis cosas”.

Aquellos cuadros tenían ya temas que la pintura cartagenera había rehusado tomar, por ignorancia, cobardía o propósito. Era la entrada a una fresca tierra de nadie, que esperaba una conquista digna e, indudablemente, prolongada y terrible.

Las galerías y el gusto de los coleccionistas

Al acabar una serie que poseía adecuada homogeneidad en los temas y le daba cierta satisfacción formal, Dalmiro pensó en hacer una exposición de galería. Y la experiencia le enrostró otra hondura.

Las galerías, que eran, desde su inicio, predominantemente el vehículo publicitario y comercial de la pintura tonta que se hace dentro y fuera de Cartagena, tenían establecida una forma de transacción comercial que resultaba, en términos exactos, un chantaje cómodo: “No solo por los precios del 35% sobre la venta de un cuadro o la exigencia de dejar una obra solo porque utilizas la sala; sino especialmente por el afán comercial de gente sin escrúpulos que sostienen muchas salas con el trabajo duro del artista y, sobre todo, por las trabas al que no se acomode a esa mentalidad denigrante, de lo vendible y fácil, de lo absolutamente comercial, lo cual puede hacer que el artista se prostituya o simplemente pase inadvertido en razón de los mecanismos defensivos de todo orden social” —explica Dalmiro, y recuerda que una tarde de hace más de un año empuñó sus mujeres ruinosas y las mostró a María del Socorro de Valencia, la señora que dirigía entonces la galería del Banco Ganadero, y ella se desconcertó por completo. Miró los cuadros y miró al pintor, y lo envolvió sin solución en una ignorancia tan exquisita que Dalmiro no ha podido olvidarla.

—Estás loco. Ponte a pintar otras vainas —le dijo. Estas putas no se venden.

La política y la necesidad de una visión profunda de la vida

Para él fue la ratificación, contraria, no solo del dominante carácter selectivo de las galerías, sino de que su pintura, inclusive en ese estado germinal, tenía más de talante pendenciero que de porcelana para tocador, más ganas de pelea que de conciliación, y que había sido fiel a su vocación esencial, la que lo animaba en su infancia determinante a mirar en las mujeres sufridas del vecindario un crudo aliento de vida, cosas verdaderas para pintar.

“Yo creo firmemente que el arte se halla ligado indisolublemente a la vida, a las relaciones de los hombres. Claro que existen planteamientos esteticistas y formales, lo que vale decir superficiales. Un arte divorciado de la realidad que no quita ni pone nada en la vida es el que interesa a las clases dominantes por su *inofensividad*. Es un arte fácil, además. Y los que lo hacen son artistas de evasión que adecúan su trabajo al gusto de compradores y coleccionistas. Yo creo que para que el arte alcance su esencia de medio de comunicación entre los hombres debe evaluar y aprovecharse de la realidad, y ante ella el artista debe presentar una determinada actitud y propósito. Nadie debe extrañarse: el arte es útil, educa y llega a la lucha social pero a través de una visión profunda de la vida”.

Desde hace mucho más de un año, en un trabajo crucial, Dalmiro comenzó a pintar telones, obras gigantescas de respiro público, como para plazas y bullicios, con personajes y situaciones diversas: gente esperando en cualquier parte, con la ansiedad inundando sus gestos; mujeres sin identidad ni rumbo, doblegadas por una vanidad circular; señorotas artificiosas y burócratas desolados.

En menos de cinco meses ganó el primer premio del *Salón de Arte Joven Blasco Caballero*, el segundo premio del *Salón de Arte Nuevo Pierre Daguet*, y realizó dos exposiciones en Bogotá. Pero en la propia medida en que este trabajo crece, él empieza a pisar una cuerda floja definitiva: la de su definición total, la de la íntegra certeza de su mano.

Sabe mejor que nadie dónde están los riesgos: “Yo no he hecho nada hasta ahora. Solo he empezado. Encontrar un lenguaje, una técnica, un tema no es cosa fácil. El mundo está lleno de ellos. Solo con el estudio del arte universal y de nuestra realidad, de las posibilidades de las formas plásticas y de la ubicación del artista, se puede llegar a algo”.

Sabe también que cualquier insurgencia artística en Cartagena –enclave aristocrático donde se veneran aún las acuarelas de Hernando Lemaitre y se convierte la pintura en una abyecta mercancía para ejecutivos– duplica sus exigencias. Porque dentro de este club de amigazos y de este coro fraudulento que es la pintura local, solo una mano conocedora, terminante y bárbara puede reventarle el cuello al cisne.

LA PANDONGA: HACIA EL TEATRO DE UN PUEBLO OFENDIDO

Manuel Burgos Navarro

Hace años

La última vez que vi a Laura García² en Bogotá, era Margarita de Anjou, la viuda de Enrique VI en *Ricardo III*. La había visto actuar y cantar en *La ópera de tres centavos* de Brecht. Estaba convencido de que Lope de Venga había creado a Laurencia para que la interpretara esta joven de indiscutible talento. La perdí de vista. Ahora, en Cartagena, sin el frío ambiente de la capital, la vuelvo a encontrar, con unas ganas enormes de trabajar, de crear, de hacer teatro. Y hace dos años, una mañana lluviosa de abril, nos hicimos cómplices de su idea: organizar un grupo de teatro estable. Sin nada, solo con mucho entusiasmo emprendimos el trabajo.



Laura García. Animadora de La Desmitificación.

² Laura García es actriz, directora y pedagoga teatral colombiana de amplia trayectoria. Entró al Teatro Libre en el año de 1975 y en 1979 fundó en Cartagena el grupo teatral La Pandonga que, con el apoyo de Manuel Burgos, dirigió hasta el año de 1983.

Nuestro susurro fue escuchado. El grupo fue creciendo. Las tardes se llenaron de voces alegres y gritos desafinados. Se aprendía a diferenciar el falsete del si más alto. No hubo descanso. A la sombra de las cuatro de la tarde, sudorosos, descubríamos la Rusia Zarista de la mano de Chéjov y, más allá del sudor y del cansancio, la figura melodiosa del mejor poeta español: García Lorca. Iniciamos una lucha furiosa contra el tiempo y la tradición alegre de improvisación. La primera preocupación del grupo y, tal vez, la más grande, fue conseguir un espacio, donde se pudiera cambiar el susurro por los primeros gritos. Carecíamos de todo. Ocho personas que hacían esfuerzos por encontrar eso que les faltaba. Nos fuimos a la casa de Núñez. Luego, con urgencia y por falta de aire, pasamos a la calle Gastelbondo; allí, orientados por amigos y con la chaza de la amiga *Chepa* como norte, empezamos a madurar nuestros primeros montajes: *El aniversario* de Antón Chéjov y *El romance de Perlimplín y Belisa en su jardín* de García Lorca.

Caminar en la cuerda floja de la profesionalización

Con las limitaciones propias de un grupo compuesto casi en su totalidad por estudiantes, tendíamos a la profesionalización de nuestras actividades. El principio fue aprender a dominar elementos actorales, de los cuales todos adolecíamos: adiestramientos físicos, manejo de la voz, seminarios prácticos de danza, expresión corporal, mimos, preparación teórica en Historia del Arte y del Teatro y organización de seminarios permanentes de Historia de la Filosofía. Luchábamos por llenar el vacío que deja la ausencia de una verdadera escuela de teatro.



Coquetería de tocador y burócratas mohosos en “El aniversario” de Chejov. La Pandonga arma sus escenarios.



Negras de plaza y cargadoras maltratadas en “Oh, ilustres paladines. Ay, bellacos malandrines”, de Laura.

“Tuercas y tornillos” de la misma esperanza

Cada miembro, “Tuercas y tornillos” de este grupo, alimenta con su experiencia cotidiana, con su lucha y su esperanza, la emoción de un teatro que surge de las entrañas mismas del pueblo, de su poesía y sus tristezas.

No todos hacen las mismas cosas. Pero a todos les gusta el teatro: para Manuel Figueroa, el sopor del mediodía es el puente que une su vida de obrero y sus tardes de artista. Como él, todos los demás tienden un puente de optimismo entre sus actividades matutinas y la poesía del teatro, puente que los absorbe y los realiza; que los lleva a la creación de piezas como *Oh, ilustres paladines. Ay, bellacos malandrines*, cuyos criterios renovadores ayudarán sabiamente a crear una nueva cultura, que puede forjar un arte capaz de presentar bellamente la vida de un pueblo ofendido. Arte construido, eso sí, sobre las ruinas de cualquier falso y decadente embeleco. Que haya una sola voz con varios tonos para que los sacrificios y logros tengan un mismo afluyente: “La mirada fija del niño pobre, los hombres trabajadores y los ojos nobles de las mujeres humildes”.

Selección de un montaje

La selección de un nuevo montaje es un trabajo difícil. Todas las obras preseleccionadas, generalmente reúnen suficientes requisitos para armar un buen trabajo. Pero después de una serie de idas y venidas sobre ellas, se escoge la que más puntos de contacto tiene con nuestros propósitos centrales. Así, llegamos a escudriñar toda la poesía garcíalorquiana y su contexto histórico, la España ahogada bajo la bota de Franco y, más allá del Mediterráneo, muy cerca de Siberia, la Rusia hambrienta y claroscuro de Chéjov. Este recorrido dio como feliz resultado nuestros primeros estrenos: *El aniversario* de Chéjov y *El romance de Perlimplín y Belisa en su jardín* de García Lorca. Con ellas realizamos nuestra primera temporada teatral durante dos meses. Después surgió la idea oportuna de escribir y montar una obra que recreara el Grito de independencia de la provincia de Cartagena. Se ordenaron sugerencias, se recopilaron materiales, el grupo trabajaba sin descanso y luego de una serie de improvisaciones basadas en el material investigado, Laura escribió y dirigió el montaje de *Oh, ilustres paladines. Ay, bellacos malandrines*. Esta obra valiente escrita con honestidad hace un juicio inexorable a todas las figuras intocables que el acomodo de la historia ha convertido en mártires.



Ojo al borrachito sulfuroso de la Colonia.

En estos momentos el grupo trabaja en el montaje de: *Pluto*, una comedia griega de Aristófanes. En ella, el comediógrafo griego, con pleno sarcasmo, pone en tela de juicio la democracia ateniense, cinco siglos antes de nuestra era.

El boxeo, una difícil materia prima teatral

Un rato después, cuando pasen las brisas de agosto, iniciaremos con sudor y con ganas uno de los proyectos más importantes de nuestra corta vida: la escenificación de una obra que pueda recoger la vida y milagro de nuestras figuras de boxeo. Del boxeo como fenómeno social, como hecho humano. Esta obra será el resultado de un viejo sueño del escritor colombiano Esteban Navajas³, y de la necesidad vital del grupo de explorar la cotidianidad de nuestro medio de manera nueva; devolviéndoles a nuestras gentes la posibilidad de identificarse en cada cuadro, en cada palabra, con lo que ellos son, lo que representan en el arte. En la vida misma.

Con este proyecto se abre una nueva posibilidad de continuar el desarrollo integral del grupo. El hecho mismo de asumir el trabajo a partir de un tema implica una identificación y un propósito sinceros de ahondar en el conocimiento del medio que, si bien no abarcaremos en su totalidad, ya emprendimos, a tientas: es el comienzo pero no nos amedrentamos.

Toda la significación de *Mochila*, *Caraballo*, *Pambelé*, *Maturana*, *Valdés* y otras viejas y queridas glorias del boxeo son para *La Pandonga* una realidad viva, hecha de hambre y miseria y puños y sangre.

Esteban Navajas tiene una historia muy unida a la historia del *Teatro Libre de Bogotá*; él, junto con Jairo Aníbal Niño y Ricardo Camacho, aportaron al teatro colombiano obras tan valiosas como: *La agonía del difunto* (Esteban Navajas), *El sol subterráneo* y *El monte calvo* (Jairo Aníbal Niño), *La huelga* (Sebastián Ospina) y *Los comuneros* (Ricardo Camacho)⁴. Esteban, impresionado por la fuente inexplorada de trabajo que significaría la realidad del boxeo, se vino a aprehender toda esa riqueza humana para escribirla con suficiente justeza. Este será un paso definitivo dentro de la etapa de cualificación

³ Dramaturgo colombiano autor de la obra *La agonía del difunto*.

⁴ Manuel Burgos está haciendo referencia a la obra *Episodios comuneros* escrita por Jorge Plata y dirigida por Ricardo Camacho.

del grupo: se fusionará la música, la danza y el canto de manera total con el trabajo actoral.

La vinculación al pueblo

No es fácil hablar ni interpretar el lenguaje rico y vivo del pueblo, sobre todo cuando toca vencer la tradición de menosprecio encauzada hacia todo lo que representa la cultura popular. Este es un camino largo que dentro de la historia teatral del país muchos grupos han recorrido. *La Pandonga* lo está intentando, con errores, lo sabemos, pero también con aciertos. Doblando cada vez nuestros esfuerzos, sin quedarnos nunca quietos ni satisfechos. Y muchos ojos atentos esperan vernos más allá de las calles asfaltadas y de las casas de palma. Nuestro intercambio con estudiantes, obreros y habitantes de los barrios de Cartagena apenas comienza.



Enrique Sánchez y Linda Bravo, duendes lorquianos.

La primera gira

A los dos años de creado el grupo organizamos la primera gira por la Costa Atlántica. En la primera parte del recorrido se visitaron diez ciudades, pueblos y veredas de los departamentos de Bolívar, Sucre y Córdoba.

Es asombroso descubrir que más allá del puente de Gambote existen seres que esperan y miran con enorme interés el teatro. Los niños, las mujeres y hombres escudriñan en cada gesto, en cada movimiento del actor con inusitada lucidez. Claro que la de ellos es una realidad más rica, superior y más firme a la que se pueda leer en los mamotretos de historia y en los tratados usuales de sociología. Esta vida nutre como savia renovadora nuestro trabajo artístico. En todos estos pueblos encontramos trabajadores de la cultura, incipientes y anhelantes, que hombro a hombro, levantan las bases de un arte nuevo, más fiel a pesar de todo a nuestra realidad y a la aplastante miseria de la vida de nuestras gentes. Fue una experiencia aleccionadora, el grupo es ahora más fuerte, más unido, más deseoso de seguir aprendiendo de la vida misma y con un justo propósito: que nuestro trabajo pueda seguir depurándose y cualificándose a partir del contacto con nuestro pueblo. Del cual hacemos parte.

CORRESPONDENCIA

Cartagena, mayo 29/1981

Sr. Antonio Mora Vélez
Grupo El Túnel⁵
Montería.

Respetado señor:

Recibimos hace mucho su carta. Solo hasta ahora hemos podido sacar algo de tiempo para responderle a usted. Y por intermedio suyo al grupo, ya que, al parecer, son una y la misma cosa.

Agradecemos sus opiniones, sobre todo aquellas que nos han permitido conocerlo mejor. Nuestra idea con la revista del deporte fue profundizar en él, en la significativa alegría y en el persistente dolor que porta, que constituyen rasgos de su esencia en nuestra sociedad. Ni lo de *Chita* ni lo de *Petaca* fueron deliberadas omisiones nuestras. A *Chita* se le menciona alusivamente y hay una foto de su esplendor como pelotero, y de *Petaca* publicaremos un reportaje en una próxima edición. Además, ya los cartageneros nos han "perdonado" con creces.

Por otro lado, queremos hacerle saber varias cosas que juzgamos aclaratorias y necesarias para nuestra relación. Nosotros preservamos indeclinablemente como principio fundamental de nuestro trabajo cultural el respeto franco y mutuo con las publicaciones culturales y trabajos hermanos. Es esa y no otra la razón por la cual hemos observado la labor cultural de ustedes con la misma actitud respetuosa que nos merece cualquier otra revista o grupo, o un periódico cultural de Cantagallo, por ejemplo. Al respecto, nuestra posición es invariable y no hacemos distinción alguna. De ahí que nos hallamos abstenido de opinar hasta

⁵ La revista cultural *El Túnel*, se publicó entre 1980 y 2002 por la asociación cultural El Túnel, en la ciudad de Montería. Además de evidenciar las tensiones generadas por filiaciones políticas distintas y formas diferentes de entender la labor intelectual, esta carta arroja luces sobre las dinámicas de circulación de *En Tono Menor*; es evidente que traspasó las fronteras del contexto local siendo conocida en el contexto regional.

ahora sobre su revista, a pesar de que el 90% de sus artículos son endiabladamente malos –puro, físico e interesado relleno– y de que los editoriales respiran un aire sorprendentemente grotesco. Una vanidad, tan torpe, que hace nacer en cualquier lector una lástima, no por piadosa, menos cruel y significativa.

Lo hacemos ahora –y esperamos llevar este intercambio de opiniones a sus más escondidas raíces– porque este principio, por lo visto, no lo conservan ustedes. Y en especial usted. Su carta rompe claramente los límites de un respeto y una supuesta fraternidad y llega, con facilidad acostumbrada, primero al insulto y luego a la calumnia. Dicha carta, alimentada con los raídos recursos de una frenética sumisión al mamertismo, no contesta ninguno de los hechos narrados de manera irrefutable sobre el caso de las Olimpiadas, en el que se denuncian las alevosías de la superpotencia del Oriente. Se limita a escamotear el problema central expuesto, por un lado. Y por otro, a manejar diestramente una mierda que no alcanza a salpicarnos, en la que se demuestra una habilidad original y rara.

Es una muestra de cómo actúan, discuten y viven ciertas personas que usted, cuando dirigía la precaria página de *Poder Costeño*, catalogó como mamertos. ¿Lo recuerda? Esperamos que su memoria no sea tan pobre como su imaginación.

Sarcasmo mayúsculo de la vida, causado por la borrasca oportunista que enloda al país por sus cuatro costados, y que se ha extendido a todas las áreas de la acción y del pensamiento y, desde luego, a ese campo especialmente abonado para las prácticas lisonjeras y amiguistas como es el de las actividades culturales: ¡Dando consejo usted, que no ha entendido nada a su edad! Y no ha conseguido, ni en forma de préstamo, “un poco de humildad” para entenderlo. Sin embargo alcanza a alegrarnos que no se haya equivocado en algunas cosas: la lucha cotidiana de nuestra revista es resueltamente antiimperialista, tanto contra la dominación norteamericana en nuestra nación y asuntos culturales (actitud que usted ni siquiera insinúa en su meliflua revista, la cual resulta ser, despojada de toda la cáscara de bullanga con que se recubre, una cosita superficial y anacrónica con fines muy distintos y distantes a los de combatir el múltiple dominio cultural extranjero y promover una literatura avanzada y popular) como contra el social imperialismo soviético, cuyo aliento se siente en las cosas centrales del continente y cuyos

crímenes públicos en Asia y África reciben a cambio, no el saludo para el Estado fundado con la sangre de los bolcheviques, sino la resistencia de los pueblos contra los traidores que invocan el nombre del gran Lenin para encubrir sus villanías.

En el caso de la que la República Popular China cambie de brazo y color, y se vuelva contra los pueblos, estaremos contra su gobierno. Nosotros no alquilamos nuestro pensamiento, nuestra vida y nuestro destino al postor más seductor, pero ratificamos nuestro dolor colombiano partiendo de un compromiso universal de lucha antiimperialista. Esto, lógicamente, no es inteligible para gente que juega a ambas caras de la moneda.

La trayectoria de nuestra revista está a la vista. Hemos preferido el trabajo tesonero –matemáticamente cercado por la inquisición intelectual local y el plácido club de los oportunistas– que se nutre de las mayorías humilladas que no poseen hoy una pulgada de poder, y despreciamos esa estratagema de pulpo en boga, que se desvive por los favores y fervores de una publicidad tan estruendosamente montada e inmerecida como efímera.



Pintura de Rómulo Bustos, ganador del segundo salón de arte Blasco Caballero.

Creemos que la literatura se levanta, palmo a palmo, como expresión profunda y concentrada de la vida, y la obra de los escritores mejores ha tropezado siempre con ese desafío, que hoy se atraviesa con su intensa vigencia ante el trabajo de los escritores del país. Lamentablemente para algunos, este desafío no puede resolverse ni suplantarse con el remedio fácil del pregón publicitario. Por otra parte, nuestra revista no se cree “casa aparte” ni está de observadora en la cómoda orilla ante el costoso proyecto que es la más grande realización cultural de nuestra revolución actual: la

emancipación nacional. Por ello creemos en el compromiso moral de quien escribe con sus semejantes y su destino: en la riesgosa pero fecunda suerte común del poeta y el albañil, del reportero y el mecánico, del pintor y el labriego. Y por ello, también, atendemos celosamente la independencia de nuestra revista, condición sagrada para nosotros. Sabemos que el día que no podamos mantenerla por el asedio económico –que es la censura más sutil y eficaz contra las revistas populares– o por la censura directa del despotismo oligárquico, simplemente la cerramos porque nuestra revista, al contrario de otras, no es un vehículo más para hacer carrera personal sino un arma dificultosa y rica de servir al pueblo. Y aspira compartir la suerte suya.

Finalmente, si algo nos hace reír, a veces dolorosamente, es ese baile de cuerdas flojas que está de moda entre los escritores, aun entre los de tercera categoría. Engordan los dividendos de su nombre a la sombra del poder oprobioso que nos oprime y de vez en cuando, sobre todo en secreto, manifiesta sus “asombrosas” inconformidades. Son empleaditos más de la política cultural pro-imperialista y se duelen porque sus méritos, inexistentes, no han recibido la ovación oficial. Chillan toda la vida reclamando lugares de prominencia, fundan grupitos en medio de sus *jumas* y, lo peor, quieren que quienes escriben para contribuir a liberar la patria de cualquier yugo, tomen nota atenta de sus lecciones de obsequiosidad infinita y mediocridad inalterable.

Consejo Editorial de En Tono Menor.

El grupo de música latinoamericana, Pacaré Tampú, que viene realizando una labor insular y meritoria en los barrios cartageneros y en los departamentos vecinos, en la difusión de un canto de plena entraña americana, mezcla de imprecación solitaria y terror continental.



HAY UNA FORTUNA EN TU DESTINO!

Buscala el lunes!

10

MILLONES

de premio en efectivo



"El doble por la última,
4 veces gordos y más de
20 millones en premios."



LOTERÍA DE BOLÍVAR

...tradición que paga!



CONASTIL
COMPAÑIA COLOMBIANA DE ASTILLEROS LTDA

REPARACIONES NAVALES
CONSTRUCCION DE BUQUES

Reparaciones Mecánicas
Diseño

Construcciones Metal - noxalisca -
Pulido - Soldadura - Mecánica
Fundición - Electricista - Carpintería
LIMPIEZA DE CASCOS Y PINTURA

SINCRILEVADOR 10.000 TWT

SHIP REPAIRS
SHIP BUILDING

Diesel Engine Repair
Metal Mechanic Works
Dredging

Fitting - Welding - Mechanical
Foundry - Electrician - Carpenter
Dry Docking - Major Rail Work

SAND BLASTING AND MARINE PAINTS

ZONA INDUSTRIAL DE YAMONAL
P.O. Box 1218 - Telévo 837 - 728 Comae, Co.

CARTAGENA - COLOMBIA

Impreso en Edición de Tercera y Cuarta Barranquilla

Noticia Bibliográfica

1. “De Cartagena, el inquieto amigo de “La Esquina”, Alfonso Múnera, nos ha traído la revista “En tono menor”, que él, en unión con un grupo de jóvenes escritores cartageneros, publica allá cerca al mar en el Corralito de Piedra. La revista que nos ha dejado Alfonso con sus bigotes de guerrillero y su finta de ágil peleador, es el número 4, correspondiente a Mayo. Es decir, “En tono menor” ya ha caminado abriendo caminos y proseguirá la ruta de los bienvenidos, pues allá en Cartagena es más que una necesidad. Es un reto y una verdad.”

(Mayo 16 de 1980). “En tono menor, siempre en tono mayor”. La esquina del viernes. En *Diario del Caribe*.

2. “Con duros sacrificios económicos, entregan lo mejor de su producción artística y de su trabajo, como obreros del arte, sin perder de vista su posición de un arte popular y combativo, encontramos artículos como: “La décima: un canto popular olvidado”, un cuento de Pedro Badrán, poesías de tres poetas cartageneros: Rómulo Bustos, Jaime A. Martínez y Pedro Blas Romero. Incluye un comentario sobre la película Lelouch “El bueno y los malos”, de Manuel Burgos”.

(Mayo 27 de 1980) “En Tono Menor: Revista de Cartagena No. 4”. Libros y Revistas. En *Periódico El Informador. El diario del Magdalena*.

3. “Un grupo de jóvenes ansiosos de hacer las cosas bien, queriendo introducirse en ese extraño mundo de la cultura, ha publicado la revista “En tono menor”, cuya orientación y editoriales han apuntalado por mantener una posición crítica ante las ya desvencidas (sic.) y caducas tradiciones de la Cartagena del viejo y “tuerto” López, anquilosadas entre las vetustas y añejas paredes de las murallas del Corralito. Para utilizar una fórmula periodística, el consejo editorial compuesto de tres parvus apenas llega a la edad de 50 años. “En tono menor” es una revista joven, dirigida por jóvenes, pero con un alto sentido de seriedad e investigación. Las opiniones han sido favorables y adversas. Era de esperarse. Otrora, el “tuerto”

López, fue casi excomulgado. La caterva de vencejos jamás le perdonaba al viejo bodegón que éste jugara con sus calles, con sus costumbres, que se riera en medio de las grandes casas de balcones carcomidas por el tiempo y el óxido. “En tono menor”, hija putativa del “Tuerto” enfile e incursiona por la senda marcada hace cincuenta años, cuando nadie gustaba del gran vate y cuya mayor desgracia era la de haber nacido en Cartagena. El bardo dejó toda una estela de herencia cultural, reivindicada el año pasado por el programa cultural “Voces”, también dirigido por los jóvenes que constituyen la menudencia de “En tono menor”. También es necesario resaltar la labor de la revista en el sentido de ir hasta las fuentes populares de las tradiciones del pueblo. La revista tiene una intención marcada de reivindicar los valores del pueblo olvidados en medio del marasmo y la desidia de personas y fundaciones que debieran promocionar esos valores”.

Jose G. Daniels G (Octubre 21 de 1980). “En Tono Menor: un avance cultural”. En *El Espectador* - Edición Costa.

4. “Hay una gran noticia para los adictos a las buenas letras en la Costa. Un grupo de gentes jóvenes, inteligentes y cultas de Cartagena está editando “En tono menor”, una publicación seria y selecta de artes y literatura que, si cuenta con todo el apoyo de diversos sectores que empresas como ésta requieren, va a cumplir una labor de trascendental importancia dentro del movimiento cultural de la Costa. Yo deseo para los promotores de esta magnífica revista el mayor de los éxitos y que no se vayan a encontrar con que los posibles anunciadores los despachen con el argumento de que “se acabó el presupuesto” o de que “los anuncios en publicaciones como ésta no venden”.

Alfredo Iriarte (Septiembre 21 de 1980). El Caño de la Ahuyama. Norte Vs. Sur. En *Diario del Caribe*.

5. Con mucho agrado hemos recibido la revista literaria En Tono Menor No. 5, correspondiente al bimestre julio-agosto. Aunque su título da la sensación de algo modesto, a medida que desmenuzamos su contenido descubrimos un trabajo bastante ambicioso y de una dosificada calidad que va creciendo en cada entrega... los artífices de esta iniciativa han considerado la necesidad de crear una revista que difunda el pensamiento literario en Cartagena; eficaz recurso para romper el monopolio implantado por las secciones literarias de los principales periódicos del país, famosos por

las pesimistas y frustrantes observaciones sobre los trabajos que reciben y que si bien no están todos a la altura, algunos por lo menos merecen la divulgación y no “el cesto de basura”. Felicitaciones a todos esos inquietos titanes de la cultura cartagenera y ojalá que “ese tono siga creciendo y alcance la mayoría de edad”.

Emery Barrios (Septiembre de 1980). “Secuencias”. En *Diario del Caribe*.

6. Actualmente, para facilitar la comunicación intelectual, los principales periódicos del país incluyen suplementos literarios, además que entran en circulación importantes publicaciones del mismo género... A este propósito y para corroborar lo dicho, ha llegado a nuestras manos la revista titulada “En tono menor”, editada en la ciudad de Cartagena por un dinámico grupo de jóvenes. El cuaderno está cuidadosamente distribuido, con buen gusto, variedad y acierto. Sus secciones comprenden diferentes temas: exposición de ideas, crítica literaria, narrativa, teatro, deportes, poesía, interés público, folclor y comentarios referentes a libros, revistas, etc. Contiene, pues, un material de lectura bien balanceado, que despierta agrado, atención e interés.

[...] *Et pas plus* – El espacio es exigente y vamos a concluir. Representa “En tono menor” una gran voluntad publicitaria, digna de estímulo y cooperación, por constituir una positiva contribución al incremento cultural de la Costa y el país. Es de esperar que por virtud del entusiasmo y el esfuerzo, sucesivas entregas de la revista afirmen y consoliden su estabilidad.

Alfonso Cepeda (1980). “Sobre una revista”. En *El Espectador/ Costa*.

7. Con 52 páginas en su número 6 acaba de salir en Cartagena la revista “En tono menor”, dedicada, en esta oportunidad, al deporte. La edición es de 3.000 ejemplares y la temática gira por “la dura vida del deporte y la dignidad popular de nuestros deportistas, de los que la mejor literatura ha hecho personajes de carne, hueso y lecciones”.

[...] Como lo podrá apreciar nuestro lector es un bustro-material que solamente espera la recompensa de una bustrolecura. Y que siga el tono menor del deporte y la literatura que desde ese tono y desde una esquina seguiremos impulsando la nueva literatura de la Costa para Colombia”.

Bustrofedón (1981). “Huellas y Caminos de la Cultura”. *Diario del Caribe*.

8. “Sé por las consideraciones anteriores que la única opción para que me llegara la publicación “En tono menor”, fue la intervención divina. Milagro, Señor. Y una vez repuesto de la sorpresa, decidido a practicar una deglución literaria de 24 páginas papel periódico, me fui encontrando con un estilo fresco y valiente, una forma de escribir tan espontánea y tan en contra de la solemnidad asfixiante, que paré para el respiro y el descubrimiento del gato encerrado.

Era el número siete del año cuatro, “En tono menor” no salía desde hace más de un año, y yo sólo recordaba un número lejano e inolvidable dedicado al deporte- con reportajes interesantes y un hermoso cuento de Jack London-, y estaba legible y atractivo, como si el año no hubiera sido de receso sino de preparación larga y examen minucioso”.

Carlos Gustavo Álvarez (27 de marzo de 1983). “En Tono Menor”. *Lecturas dominicales*. En *El Tiempo*.

9. “En esos siete números de *En Tono Menor* se puede leer un crecimiento individual y colectivo de un grupo que compartía la experiencia cultural de la mano de la experiencia política, el estudio de la tradición literaria universal y contemporánea con la indagación de la cultura popular de la cual eran hijos. Tuvieron simpatías y militancias en agrupaciones de izquierda y compartieron una visión de mundo y, por tanto, una misma concepción de la función de la literatura en particular y del quehacer intelectual en general.”

(...) “La revista no volvió a salir, los recuerdos de sus integrantes son difusos, algunos viajaron, otros se dedicaron a menesteres distintos. Lo cierto es que hoy es imposible elaborar un mapa literario regional sin incluir cuatro nombres de escritores que fueron miembros del Grupo o que pasaron por las páginas de la revista: Rómulo Bustos Aguirre, Jorge García Usta, Pedro Blas Julio Romero y Pedro Badrán Padauí. Todos ellos miembros del grupo En tono menor.” (Pág.20)

Franklin Patiño Romero (1999). “20 años de En Tono Menor”. En *Noventa y nueve*. *Revista de Cultura y Sociedad*. (Pág. 19-29). Año1. No. 1.